



TI 07/17
25/10/17

Maestro
Víctor Francisco Olguín Monroy

Yihadismo y drogas ilícitas en los cálculos geopolíticos de las Grandes Potencias. El legado de la Guerra Fría en Afganistán Primera Parte

RESUMEN

El pasado mes de septiembre, se conmemoró otro aniversario luctuoso de los atentados terroristas contra las Torres Gemelas del *World Trade Center* y el Pentágono en Estados Unidos en el 2001. Aunque la Administración Bush-hijo y sus aliados de la OTAN desbancaron al régimen talibán en Afganistán, aún prevalecen la amenaza del fundamentalismo islámico ahora devenido en grupos insurgentes, así como uno de los mayores flujos de abastecimiento ilegal de opiáceos a nivel mundial, en medio de un proceso de pacificación que lleva más de 15 años apuntalando un protectorado en un país, que durante el conflicto Este-Oeste, contribuyó significativamente al fin de la Unión Soviética. El presente ensayo pretende arrojar algo de luz sobre la geopolítica de Afganistán, así como el yihadismo, el terrorismo internacional, el tráfico de drogas ilícitas y las alianzas entre servicios de inteligencia y crimen organizado como otras formas de guerra no convencional por parte de las grandes potencias, tanto para golpear a sus oponentes como para imponer sus directrices geoestratégicas.

Palabras clave

Afganistán, Yihadismo, Servicios de Inteligencia, Terrorismo, Muyahedin, Opiáceos, Crimen Organizado

ABSTRACT

Last September, another anniversary was remembered of the terrorist attacks against the Twin Towers of World Trade Center and the Pentagon in the United States in 2001. Although the Bush Junior Administration and NATO allies destabilized the Taliban regime, in Afghanistan the threat of Islamic fundamentalism still prevails now turned into insurgent groups, as well as one of the largest illegal supply flows of opiates worldwide, in the midst a process of pacification which has been supporting a protectorate in a country for more than 15 years, that during the East-West conflict, contributed significantly to the end of the Soviet Union. The present essay aims to shed some light on the geopolitics Afghanistan, as well as the jihadism, the international terrorism, the traffic of illicit drugs and alliances between intelligence services and organized crime like other forms of unconventional warfare by the great powers, both to hit their opponents to impose its geostrategic guidelines.



Key words

Afghanistan, Jihadism, Intelligence Services, Terrorism, Mujahideen, Opiates, Organized Crime

El “Genio del Yihad”

Según refiere el periodista argentino, Roberto Montoya, Estados Unidos “auspició el primer *yihad* contemporáneo” cuando a través del Club Safari –un extravagante cóncave de operadores en las sombras– patrocinó y pertrechó a un ejército de *muyahedin* contra los ocupantes soviéticos en Afganistán. Empero, el club no nació a causa de la invasión, sino que ya velaba por la defensa del Norte de África y Asia Sudoccidental de la amenaza que entonces representaba la subversión comunista para ambas regiones desde 1976. Entre sus integrantes se encontraban los titulares del *Service du Documentation Extérieure et de Contre-Espionnage* o SDECE de Francia y fundador del grupo, el conde Alexandre de Marenches; del *General Intelligence Directorate* o GID del reino de Arabia Saudita, Sheik Kamal Adham; del *Inter-Services Intelligence* o ISI de Pakistán, el general Akhtar Abdel Rahman Khan, algunos miembros prominentes de la inteligencia y seguridad nacional iraní en el exilio, la temible SAVAK, así como de Egipto y Marruecos.

El selecto círculo trabajaría para la Dirección de Operaciones de la Agencia Central de Inteligencia –la CIA– junto con la República Popular de China para hacer naufragar la campaña militar soviética. La “estudiada emboscada” contaría con un nutrido contingente internacional de combatientes musulmanes, desde árabes y chechenos hasta malayos y filipinos convenientemente radicalizados (Montoya, 2003). Aunque a final de cuentas, los esfuerzos combinados de Washington, Beijing y el Club Safari –cuya existencia fue revelada por Mohamed Haseini Haikal, un cercano colaborador de Gamal Abdel Nasser–, acabaron por derrotar y expulsar al Ejército Rojo de Afganistán en 1989, la “liberación” del país centroasiático no fue la primera “guerra santa” avalada y encabezada por una potencia occidental (Montoya, 2003), aunque sí la más onerosa, la más prolongada y de la que todavía se resienten sus efectos geopolíticos. Pero, ¿cómo fue que se fraguó semejante estratagema? ¿Cómo pudo Occidente movilizar a tantos yihadistas y de tan diversas latitudes para una empresa tan riesgosa como vencer a una superpotencia nuclear y en su propio patio trasero?

Pues según la cosmovisión islámica, *yihad* es más que un pronunciamiento militar reservado a los paganos. La fe del Profeta concibe dos ámbitos espaciales de acción: *Dar-al-Islam* o la Casa del Islam que agrupa a los creyentes y *Dar-al-Harb* o la Casa de Guerra que congrega a los no musulmanes, una suerte de coartada religiosa destinada a hilvanar una geopolítica primigenia de las tribus árabes. Una dicotomía que en apariencia centraba la exclusión en el ámbito espiritual en parte para legitimar el creciente expansionismo árabe, y por ende, su credo; pues precisamente *Islam* significa “sumisión a la voluntad de Dios”. En palabras de Lourdes Sierra Kobeh:



“La unidad no residía en la lengua hablada ni en el origen étnico de los gobernantes, que en esa época se consideraban factores sin importancia política, sino en la religión. Los árabes poseyeron en esta época un imperio muy extenso, habitado por múltiples pueblos: iberos romanizados y godos de España, beréberes, egipcios, sirios, mesopotámicos, iraníes, etc. Muchos árabes abandonaron su modo de vida originaria y adoptaron numerosos rasgos culturales de los pueblos en cuyo seno vivían y con los que llegaron a fundirse. Estos últimos a su vez, fueron asimilados en buena medida por los árabes de Arabia y se arabizaron al adoptar la lengua árabe y una parte de sus tradiciones. Todo este imperio iba a islamizarse y en buena parte arabizarse.” (Sierra Kobeh, 2002)

Aunque para algunos analistas, el concepto de *yihad* se complementa con otras prescripciones consagradas por el Corán como el culto a un solo Dios y a Muhammad¹ como su Profeta (*chaada*); la oración o plegaria (*salat*); la donación o limosna (*zekat*); la peregrinación a La Meca y otros santuarios próximos (*hadj*) y el ayuno durante el Ramadán (*savn*), *yihad* también se entiende como un “esfuerzo en el camino de Dios” o “combatir en el camino de Dios contra quienes os combaten...” según reza la tradición coránica (Robinson, 2006), aunque como observó Francesco Gabrieli, este llamado a las armas evolucionó hasta tener más motivaciones políticas que dogmáticas:

“No se cuenta formalmente entre estos ‘fundamentos del Islam’, pero es prácticamente un complemento de ellos el deber religioso de la guerra santa o *chihad* contra los infieles...esta idea se convierte en parte integrante del modo de actuar del Profeta, en cuanto se encontró en Medina a la cabeza de una comunidad audaz y combativa...apenas desapareció el precepto tuvo una aplicación inmediata en la represión de la secesión de Arabia (*ridda*) y después en el todo el mundo de las conquistas, aunque fueran otros los elementos que concurrieron a determinarlas. Durante toda la época heroica del principio y más tarde, una vez que el Islam dirigió su ofensiva contra el Occidente cristiano, el *chihad* fue la base, la justificación teórica y el ideal religioso que inspiró la dinámica musulmana. Actualmente no es en puridad nada más que un recuerdo, que ha pasado en parte a otros *slogan* y principios directrices de la acción de los pueblos

¹Contra lo que suele pensarse, Mahoma no es una traducción errada de Muhammad sino un sobrenombre ideado por el teólogo mozárabe, Álvaro de Córdoba (800-861) para desacreditarlo a los ojos de la crédula cristiandad europea. En su diatriba *Indiculus luminosus* (854) lo equipara con Moazim, “...un personaje extrabíblico precursor del Anticristo; y que se identificó con la cuarta Bestia del sueño del profeta Daniel... y que anuncia el fin de los tiempos.” Cuando en realidad Muhammad significa “colmado de elogios, el muy alabado o el que alaba.” (Bartoll Rius, 2006) Para reforzar esta suerte de “guerra ideológica paralela a la guerra bélica, cuya principal arma fue la imagen distorsionada del enemigo”, de Mahoma y su boyante feligresía se decía por ejemplo que era “*hombre impuro y fornicador*”, “*mujeriego...ocupado en relaciones femeninas [que] ha obtenido el poder de Afrodita por encima de los demás hombres*”, y que [los] “*impurísimos que siguen esta secta, arrastrándose con impureza, todos se convierten en unos lujuriosos y adúlteros, cuando rompen la unión juramentada y luego, con mayor deshonor, vuelven a unirse adúlteramente y multiplicando las concubinas, mujeriegos dependiendo de 3 a 4 mujeres, o más verdaderamente caballos relinchadores y lujuriosos o asnos que rebuznan.*” En la época medieval, la contraofensiva eclesial también se valió del arte románico para diabolizar y animalizar al Islam en su conjunto, tan explícitamente como fuese posible: “Los promotores de la guerra sacralizada contra el Islam eran los mismos que dirigían los programas iconográficos de las iglesias y que promovían la difusión de este arte. Esto se traduce en la existencia de una importante propaganda antiislámica en los relieves románicos...con frecuencia encontramos representaciones bestiales o humanas de musulmanes adoptando actitudes obscenas. Las mujeres musulmanas encarnaban especialmente esta noción y, aunque más ausentes de los textos de polémica religiosa, aparecen en el arte y la literatura como contrafigura de la ejemplaridad femenina.” (Monteira Arias, 2013)



islámicos, como la lucha contra el colonialismo y el real y presunto imperialismo de Europa y América.” (Gabrieli, 1967)

Tras haber compendiado a varios arabistas, Paulina López Pita concluye que “...la interpretación *yihadista* del Corán...reitera la idea de que *yihad* significa esfuerzo, perseverancia, tesón, insistencia...” Por lo que infiere que *muyahid* podría significar los “que combaten” o los “que se esfuerzan”. Y que en realidad, la sentencia *yahid fi sabil Allah* o “esfuerzo en el camino de Dios” se refiere más bien a “propagar y/o defender el Islam”, cuyo propósito es “llevar a todo el mundo al recto camino de Dios”. De hecho, la historiadora subraya que ya desde el Medievo, *yihad* como “medio” o “mal necesario” no se equiparaba en sacrificio y bienaventuranza al *yihad* como revelación última:

“El ‘gran *yihad*’ es la lucha espiritual con uno mismo y las inclinaciones malvadas, se trata por tanto de un combate ético destinado a constituir la verdadera personalidad del creyente en sus obligaciones religiosas hacia Dios. El ‘pequeño *yihad*’, o *yihad* menor, es el militar que va dirigido contra el enemigo infiel, y hace referencia al combate ejercido en nombre de la religión para defenderse de los ataques enemigos o para propagar la misma religión...En sentido general...para el musulmán, la vida misma es *yihad*, porque es un esfuerzo por vivir según la Voluntad de Dios, lucha con uno mismo para hacer el bien y oponerse al mal. Crear una vida en equilibrio basada en la sumisión de Dios y seguir sus mandatos implica un *yihad* constante.” (López Pita, 2009)

No obstante, el concepto de *yihad* ha estado sujeto tanto a controversias como a revisiones diversas. No es ninguna casualidad que algunos de los debates más vehementes con respecto a los contenidos dogmáticos o los acatamientos islámicos hayan tenido lugar en medio de guerras u otros episodios críticos que ponían en entredicho la integridad de la *umma* o “comunidad de creyentes”, tanto en su vertiente política-institucional como confesional (Sierra Kobeh, 2002; López Pita, 2009). Con el tiempo, se idearían recursos teórico-jurídicos para combatir a los musulmanes que abrazasen interpretaciones erróneas o sediciosas con respecto a la ortodoxia islámica. En efecto, al igual que otros *corpus* teológicos con pretensiones universalistas, el Islam también acabó incubando sus propios cismas.

El sunnismo por citar un caso, asume que la línea sucesoria para suplir al Profeta debe provenir forzosamente de entre los integrantes de la tribu árabe que lo vio nacer: la quraichí; en tanto que la facción chiíta sostiene que los *jalifas* o califas deben proceder directamente de su linaje familiar, en este caso, de Alilbn Abi Talib, primo de Muhammad que desposó a su hija Fátima. Actualmente, los sunnitas o los “seguidores de la *sunna*, la tradición, la práctica del profeta...” y los chiítas o *chiat Ali* “partidarios de Ali”, se encuentran inmersos en una competición geopolítica entre el reino de Arabia Saudí de mayoría sunnita y la República Islámica de Irán –una teocracia chiíta desde 1979- con el fin de imponer su propia versión del Islam en la esfera terrenal. Inclusive, al interior de cada uno de estos grupos antagónicos, subsisten otras



vertientes o corrientes interpretativas como la *hanafi*, la *shafii*, la *hambali* y la *maliki* entre los sunnitas y los *duodecimanos*, los *ismaelitas*, los *zaidís*, los *drusos* y los *alauitas* entre el culto chiíta (Sierra Kobeh, 2002).

Precisamente, entre 1263 y 1328, vivió el *sheij* Ibn Taimiyya, un influyente jurista árabe de la escuela *hambali* que atribuyó las expediciones de los cruzados europeos para recobrar Tierra Santa y la “catástrofe mongola”, a la corrupción y decadencia del mundo islámico. Inspirado en los *salafa salahin* o “antiguos virtuosos” y sus adeptos o *tabi'in*, Taimiyya preconizaba la vuelta a los principios prístinos del Islam y de las tres generaciones que gobernaron tras la partida del Profeta Muhammad con observancia y severidad. Para ello acuñó el término *takfir* o apostasía: un musulmán se podía permitir denunciar a otro musulmán por el cargo de herejía o “desviación” (Ben-Abderrahman, 2013).

Tales precedentes, sirvieron para abonar el terreno del salafismo o *salafiyya*, que con el tiempo, se dedicaría a señalar y combatir tanto a chiítas como a *tariqas* sufíes. Tres siglos más tarde, siguiendo la senda trazada por Ibn Taimiyya, Muhammad Ibn Abdel Wahhab, un destacado *ulema* de la poderosa familia Musharraf pactó una alianza con la tribu de Nayd representada por Ibn Saud: legitimidad a cambio de protección contra los clérigos de Medina que veían a Abdel Wahhab como un agitador por negar “el atributo divino de la Omnipresencia al situar a Dios en el ‘Trono’ (lo cual lleva corporizar a la divinidad)” y por considerar “cualquier acto devocional como visitar las tumbas del Profeta los *sahaba* o los *awliá* era un acto de *shirk* o asociación”. Consumada en 1744, tal alianza le infundiría mayor proyección a la familia Saud para recobrar su potestad sobre buena parte de Arabia (Ben-Abderrahman, 2013).

De esta manera, los saudíes se comprometieron a propagar el salafismo wahabita a cambio de una *fatwa* o “sentencia islámica” cortesía de Abdel Wahhab, que sometía a los musulmanes bajo su reinado por muy despóticos y vilipendiados que fuesen. Y aunque “...este salafismo ‘renovado’ llamó la atención de los británicos, empeñados en arrebatar la península Arábiga a los otomanos...al tiempo que prometían apoyar la revuelta de las tribus leales al [jarife] de Meca, Hussain...” (Ben-Abderrahman, 2013), fueron los alemanes los que sentaron las bases del yihadismo como estrategia militar contra otras potencias. Si bien, el denominado “*yihad* del *káiser*” no produjo el efecto esperado, tanto su alcance geográfico como la sofisticación de los preparativos, evidenciaron uno de los temores más calibrados por las cancillerías de Londres, París y San Petersburgo: un levantamiento generalizado de inspiración musulmana en sus posesiones coloniales. Pues Ibn Taimiyya y sus seguidores también fueron partidarios del restablecimiento del *Khilafat-i-Rashida* o califato, lo que implicaba la vuelta a los confines fijados por las primeras conquistas árabes y los estrategas europeos se propusieron explotar dichas reivindicaciones.

Aunque se desconoce con certeza cómo fue que *yihad* fue acuñado como una equivalencia de “guerra santa” o cruzada en su acepción cristiana, pues “...*yihad* no es una guerra santa de execración y exterminio...El *yihad* debe estar inspirado por la inequívoca intención de exaltar la palabra de Dios y no



para extender la de los límites de *Dar al-Islam*, o tierras del Islam, o peor aún, para conseguir un botín...la colocación del adjetivo 'santo' junto al sustantivo 'guerra' no aparece en los textos islámicos clásicos. Su uso en el árabe moderno es reciente y de origen foráneo. Si se traduce *yihad*, cuyo significado es 'esfuerzo', 'lucha' o 'batalla', por 'guerra santa' es porque en las Tradiciones y en el Corán viene seguida de la frase en 'en la senda de Dios'..." No obstante, ya sea que se trate de *yihad al-aggar* o "pequeña guerra santa exterior" o *yihad al-akbar* o "gran guerra santa interior" (López Pita, 2009), lo cierto es que en el imaginario occidental, esta suerte de exigencia religiosa fue examinada por su formidable potencial estratégico.



Según la tradición coránica, "...*yihad* debe estar inspirado por la inequívoca intención de exaltar la palabra de Dios y no para extender la de los límites de *Dar al-Islam*, o tierras del Islam." (López Pita, 2009) Pero con el tiempo -y especialmente dentro del imaginario occidental-, se volvió sinónimo de guerra santa. En la imagen, una recreación de la formidable caballería árabe de Khalid Ibn al-Waleed, el primer gran general del Profeta Muhammad, también conocido como la "Espada Desenvainada de Alá". Fuente: "The Sword of Allah: Discover Islam's Greatest General", de Tallha Abdulrazaq, *History Answers*, fechado el 31 de marzo de 2015, en www.historyanswers.co.uk

Si "...Dios ha distinguido a los combatientes por encima de los no combatientes con una magnífica recompensa, con el rango de que junto a Él ocupan, con perdón y misericordia...", como reza un versículo coránico o *sunna* (López Pita, 2009) y dado que ingentes poblaciones musulmanas vivían esparcidas entre poderosos imperios multiconfesionales como súbditos de soberanos extranjeros, algunas potencias cristianas dedujeron que valía la pena reencauzar la fe del Profeta como instrumento militar para resquebrajarlos.

Para entender los pormenores y la viabilidad de una empresa tan temeraria como convulsionar las fronteras coloniales que comprimían al mundo islámico, los alemanes llegaron a tomar nota de las diversas sublevaciones independentistas que sacudían esporádicamente los dominios y protectorados ultramarinos de sus contrincantes europeos. En 1885 por ejemplo, la ciudad de Jartum, en Sudán, fue tomada por



insurgentes encabezados por Muhammad Ahmad –que se proclamó como *Mahdi* o “Redentor”-, asesinando a la guarnición anglo-egipcia que la resguardaba. El incidente no sólo implicó la caída de la sede del gobierno del Alto Nilo, la revuelta mahdista buscaba resarcir las humillaciones impuestas por las autoridades coloniales en África “en nombre” del Profeta.

La flama podría propagarse al resto del Imperio Británico que en aquel entonces regía sobre los destinos de 100 millones de habitantes de confesión islámica, es decir, una tercera parte de la fe musulmana censada. Si bien, en 1898, en la batalla de Omdurman, las fuerzas británicas vengaron el sitio de Jartum, segando la vida de 10,000 insurgentes en un plazo de cinco horas gracias al poder de fuego de la ametralladora Maxim, el arrojo de los mahdistas equipados con fusiles Martini-Henry, escudos, espadas y azagayas (Decker, 2016), causó conmoción en Londres: “¿qué [habría ocurrido]...si estos guerreros de Dios [hubiesen tenido] acceso a armas modernas?” (Graffe, 2011)



The Charge of the British 21st Lancers in the Battle at Omdurman”, de Richard Caton Woodviller, Jr. (1898). Fuente: <http://commons.wikimedia.org> Tras fundar un Estado islámico en Sudán en pleno reparto imperialista de África y desafiar abiertamente a la reina Victoria, al *jedive* de Egipto y al rey de Etiopía, ni el fanatismo de los mahdistas, ni su superioridad numérica, ni los escudos recubiertos con pieles de cocodrilo, rinoceronte o hipopótamo de la tribu beja o la destreza de la caballería baggara, fueron suficientes para hacerle frente al poder de fuego de las fuerzas expedicionarias británicas (Abushouk, 2016; Decker, 2016).

Para entonces, la Alemania del *káiser* Guillermo II, cuyo poderío industrial ya era patente, se había propuesto desbancar la supremacía de la *Royal Navy* con una flota igualmente poderosa y acercándose al sultán del Imperio Otomano, Abdul Hamid II, para incidir en los asuntos de Oriente Próximo. La visita de Guillermo II a Jerusalén para conmemorar la apertura de la Iglesia Evangélica Luterana del Redentor, la modernización del ejército turco-otomano con fusiles Máuser y el anuncio de un ferrocarril de Constantinopla a Bagdad, con una vía de Damasco a Medina entre octubre y noviembre de 1898 “...con



1,900 kilómetros de longitud...y derechos para perforar pozos en busca de petróleo en un margen de 19 km² a cada lado de la línea durante 99 años...la inversión extranjera más cuantiosa del Imperio Alemán”; en conjunto, fueron vistos como una abierta injerencia de Guillermo II por apuntalar al sultanato ya en decadencia (Graffe, 2011).

Consciente de que en Europa le apodaban “el hombre enfermo del Bósforo” por conducir una potencia maltrecha financieramente, Hamid II acepta la tutela del *káiser* frente a las apetencias de Londres, París y San Petersburgo que ya avizoraban su desmantelamiento en cualquier momento. El entonces primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, infirió: “Piensen en lo que representa Constantinopla para Oriente, es más que Londres, París y Berlín. Todo en uno para Occidente, piensen en lo que significaría su caída.” (Graffe, 2011; Wallace, 2003)



El *káiser* Guillermo II de Alemania. Fuente “Michael Winkler: Kaiser Wilhelm II”, de Von Wanda, *Journal Alternative*, fechado el 27 de enero de 2017, en www.journalalternativemedien.info

El ferrocarril de Bagdad no sólo inquietaba a la *Foreign & Commonwealth Office* dada su proximidad con el estratégico Canal de Suez que enlazaba Londres con India, en El Cairo, capital de Egipto, un oficial del consulado alemán, el barón Max Von Oppenheim, era vigilado por su capacidad para recabar informes de primera mano sobre la revuelta mahdista y otros episodios de agitación social contra la ocupación británica. De origen judío, pero católico por conversión, Oppenheim dominaba el idioma árabe y la cultura islámica, gracias a los negocios de la familia en el sector bancario de la ciudad de Colonia. Explorador, arqueólogo y diplomático, Oppenheim se valió de su influencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín para trazar un “tercer frente” contra la Entente cuando estalla la guerra en Europa en 1914. El asesinato del heredero al trono de Austria-Hungría, el archiduque Francisco Fernando y su esposa por una agrupación nacionalista serbia, arrastra a Alemania a sostener a una conflagración “en dos frentes”, que además,



amenazaba con empantanarse cada vez más tras el fracaso del Plan Schlieffen, que buscaba precisamente neutralizar a los franceses para concentrarse en el frente oriental y desbaratar el avance ruso (Graffe, 2011).



El barón Max von Oppenheim en un campamento kurdo en Mesopotamia en 1899, entonces bajo dominio otomano. Fuente: “Gods Stitched Up” de Studiolum, *Poemas del Río Wang*, fechado el 3 de junio de 2011, en www.riowang.blogspot.mx Tanto la Alemania del *káiser* como el Imperio Británico, también compitieron financiando expediciones arqueológicas y cartográficas en Oriente Próximo.

Para contrarrestar el cerco de los aliados, el *káiser* encomienda a Oppenheim, a través del Buró de Inteligencia para Oriente, urdir una “revolución musulmana global” en la retaguardia de Gran Bretaña y Francia “desde la India a Marruecos”. En su texto *Die Revolutionierung der Islamischen Gebiete Unserer Feinde* o *Revolucionando las Colonias Islámicas de Nuestros Enemigos*, el barón pretendía organizar la “autodefensa” de Alemania a través de un *yihad* global que obligase a los ejércitos de la Entente a replegarse (Graffe, 2011). En sus propias palabras: “Cuando los turcos invadan Egipto y la India arda con las llamas de la revuelta, sólo entonces Inglaterra se tambaleará.” (Wallace, 2003).

Posteriormente, en 1915, en su obra *El Dschihad*, Oppenheim introduce por vez primera el terrorismo como instrumento militar con atacantes previamente radicalizados en un campamento en las afueras de Berlín con su propia mezquita y sus propios predicadores. En total, Guillermo II confiaba movilizar a “300 millones de musulmanes” contra sus opresores anglo-franceses y rusos, gracias a su sociedad con Constantinopla. La situación era tan apremiante, que Oppenheim incitaba a sus agentes a llevar a cabo asesinatos de funcionarios prominentes, organizar un levantamiento armado en India con pertrechos de contrabando, volar los pozos petroleros de Bakú en Azerbaiyán y minar el Canal de Suez. Se trataba en esencia, de una operación a gran escala sistematizada y coordinada desde Berlín que contaba con la anuencia de Mehmet



Reşad V, el sultán que suplantaba a Hamid II tras una asonada militar encabezada por Enver Pashá, -que veía en la *Grand Guerre*-, la posibilidad de recobrar las viejas glorias del Imperio Otomano (Graffe, 2011).



Prisioneros de guerra musulmanes en un centro de internamiento alemán de nombre Halbmondlager (Campo Media Luna), próximo a Berlín, durante la primera conflagración mundial. Fuente: “Germany’s Grand First World War Jihad Experiment”, de Florence Waters, *The Telegraph*, fechado el 10 de agosto de 2014, en www.telegraph.co.uk A diferencia de otros cautivos, durante su estancia fueron aleccionados y entrenados como yihadistas para propagar una “revolución islámica” entre las posesiones coloniales de la Entente.

Y pese a que la “agencia para la yihad” dinamitó 20 km de un ducto de la *Anglo-Persian Oil Company* en Irán que le costó a los británicos “300 millones de litros de petróleo”, entrenó “prisioneros de guerra musulmanes...para cometer actos de terrorismo y sabotaje contra instalaciones civiles”, publicó panfletos incendiarios y entabló contactos al más alto nivel para instigar una invasión afgana a la India, la añorada “revolución global” islámica nunca estalló. Por extraño que parezca, fue un oficial británico el que condujo con éxito una rebelión musulmana. Thomas Edward Lawrence, arabista y arqueólogo como Oppenheim, pero 28 años más joven, se gana al *jerife* de Medina, Hussain Ibn Ali, para liberar las provincias árabes y los lugares santos del Islam en poder de los turco-otomanos bajo la promesa de una Arabia independiente ofreciendo “armas, asesores militares y dinero...doscientas mil libras esterlinas cada mes hasta que [acabase] la guerra.” (Graffe, 2011)

Aunque Lawrence de Arabia como se le conoce, siempre sostuvo que encabezó una “guerra de guerrillas” aprovechando la movilidad de los beduinos para combatir y ocultarse en el desierto y más bien aguardar a que los turcos fuesen vencidos por la “constante tortura de no saber nunca de dónde vendría un nuevo ataque”, sin “defender nada y [sin] disparar sobre nada...” y bajo la convicción de que “en Arabia las vastas extensiones de tierra eran más importantes que la fuerza” contraviniendo los convencionalismos militares de la época, también estaba plenamente convencido de que el emir Faisal, uno de los hijos de Hussain,



estaba emulando las campañas del Profeta Muhammad y sus guerreros santos cuando decidió comandar la expulsión de las tropas otomanas y sus consejeros alemanes para recobrar el reino que por derecho le pertenecía a la “familia jerifiana” y restablecer Damasco como su capital (Payne, 1962).



El coronel Thomas Edward Lawrence acompañando a la delegación árabe encabezada por el emir Faisal Hussein en la Conferencia de Paz en París en 1919. Fuente: “Creating Chaos: Lawrence of Arabia and the 1916 Arab Revolt”, de O’Brien Browne, en *HistoryNet*, fechado el 8 de octubre de 2010, en www.historynet.com Hasta la firma del Tratado de Versalles, Lawrence fue un ferviente defensor de la causa jerifiana.

Si bien, fueron Londres y París los que al final capitalizaron las victorias árabes, a través del Tratado Sykes-Picot que repartía al “hombre enfermo del Bósforo” en protectorados y esferas de influencia, delineando “nuevos países con el trazo de un lápiz” para desconcierto de Faisal que presenciaba impotente cómo se desvanecían sus esperanzas de una Arabia reunificada con la fundación de Líbano y Siria bajo resguardo francés, así como de Palestina, Transjordania e Irak bajo tutela británica (Graffe, 2011); según Rosemarie Stresemann, Max Von Oppenheim se merece todo el crédito por haber sido el primer “no musulmán” en invocar al “genio del yihad” con fines estratégicos y como preludio para algunas contiendas venideras:

“La idea propaganda por los alemanes para expulsar a las fuerzas de ocupación extranjeras empleando el yihad demostró ser una idea, que una vez en marcha, ya no podía ser detenida. Después de la Primera Guerra Mundial, la idea fue tomada en el mundo árabe por la Hermandad Musulmana e incorporada en su concepto de yihad islámico que hasta el día de hoy está detrás de todos los ataques terroristas (*sic*), y la idea fue aún más ‘refinada’. Un barón alemán inició todo esto –un no musulmán quién llamó al ‘genio del



yihad' para salir en ayuda de los intereses alemanes. Desde 1914 este genio ha estado ganando poder. Cuando Hitler llegó al poder, el baron Max von Oppenheim ya no estaba al servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin embargo, en 1940 se vio obligado a presentar nuevamente sus viejas ideas en orden en Berlín para apoyar el avance alemán en el Norte de África. Aunque ya no había un sultán-califa ni un Imperio Otomano, una vez más estaba esta idea de Oppenheim para desestabilizar el dominio británico y francés en las regiones del mundo árabe a través de la insurrección. Al considerar las ideas de Oppenheim, el Ministerio de Relaciones Exteriores desarrolló un conjunto completo de acciones para iniciar la insurrección entre los árabes. La experiencia del Departamento Oriental durante la Primera Guerra Mundial fue de gran ayuda. ¡Muchos de los empleados de la época del *káiser* todavía estaban trabajando allí!" (Stresemann, 2012)

En efecto, pese a que el sultán Mehmet Reşad V se dirigió a sus súbditos con la arenga: "¡Oh musulmanes, sabed que nuestro imperio está en guerra con los enemigos mortales del Islam: los gobiernos de Rusia, Gran Bretaña y Francia, el comandante de los fieles os llama a la yihad!", los personajes que maquinaron esta guerra santa no fueron precisamente clérigos o "creyentes fanáticos" (Wallace, 2003), sino hombres de Estado incitados por la ambición política y convencidos de que estaban dadas las condiciones para espolear una "revolución musulmana global".

Los golpistas que encabezaron el levantamiento de los *Jóvenes Turcos* que depuso a Hamid II por un sultán más proclive a las ambiciones alemanas como Enver Pashá, ministro de Guerra y "ex agregado militar en Berlín", Cemal Pashá, ministro de la Marina otomana, el *káiser* Guillermo II y los "cónsules y agentes" del Buró de Inteligencia para Oriente (Wallace, 2003), entre otros, se apoyaron en cálculos militares perfectamente factibles como la sedición argelina de 1871-1872 que movilizó a 150,000 yihadistas bajo la conducción de Muhammad al-Hajj al-Muqrani contra el régimen francés y que se cobró la vida de 3,000 víctimas entre colonos y soldados, el "fanatismo religioso" de los defensores libios frente a los invasores italianos en 1911, los 20 millones de musulmanes repartidos en la Rusia imperial de los zares entre el Cáucaso, Transcaucasia y Asia Central predominantemente de origen túrquico y persa (Antal, 1994); y desde luego, la revuelta mahdista de Sudán² contra el condominio británico que tanto nerviosismo

²La revolución mahdista (1881-1885) merece ser examinada con más detenimiento debido a sus implicaciones geopolíticas, y que hasta cierto punto, antecedieron al emirato que edificaron los talibán en Afganistán. Tras derrocar al régimen jedive o turco-egipcio de Sudán y a sus consejeros británicos del que extraían oro, pieles de avestruz, goma arábiga, caucho, cereales, marfil, soldados-esclavos e impuestos abusivos, el autoproclamado *Mahdi* o "Mesías", el clérigo Muhammad Ahmad, instauró una teocracia o *Mahdiyya* que perduraría de 1885 a 1899 con el fin de emular el primer Estado del Profeta en Medina en plena rebatifa colonial de África. Ahmad al Mahdi como también se le conoció, abolió las escuelas jurídicas consagradas por el sunnismo sin otro referente legal que "el Corán y la *sunna* y...las proclamaciones y sermones del *Mahdi*" para "purificar" Sudán. La *Mahdiyya* no sólo llegó a unificar a los jaali, los danagala, los shayquyya y otros grupos nilóticos del Valle del Nilo hasta conformar un ejército yihadista de mártires: los *ansar*, también reformó el sistema tributario basado en la quinta parte del botín de guerra o *ghanima* y el *zakat* o diezmo religioso para hacerse de un tesoro público o *bayt al-mal*, acuñando su propia divisa en oro en abierto desafío al Imperio Otomano; asimismo, se proscribió la danza, las procesiones a la Meca y el consumo de tabaco. Las pretensiones de propagar la revolución mahdista hasta Egipto y Etiopía, colocó al califa Abdallahi, quién sucedió a Muhammad Ahmad al morir de tifus en 1885, en curso de colisión con el Imperio Británico, deseoso de vengar el asesinato del gobernador de Jartum y héroe de Crimea, el general Charles George Gordon y de "aplantar" el experimento de la *Mahdiyya* (Searcy, 2016; Abushouk, 2016; Decker, 2016 y Michel, 2016).



suscitó en Londres (Rogan, 2016). Cómo observó en su momento el mismo Max von Oppenheim y que también pudo referirse a París y Moscú: “Inglaterra era más vulnerable en sus colonias.” (Wallace, 2003)

Aunque para algunos analistas como Salvador Oberhaus: “La guerra santa del Imperio Alemán [acabó] siendo un monumental fracaso”, porque “sus pretendidos sentimientos anticoloniales no eran creíbles” y porque “los musulmanes sencillamente [fueron] incapaces de confiar en una yihad liderada por una potencia cristiana.” (Graffe, 2011). A decir verdad, estas mismas condiciones no fueron ningún impedimento para que se organizase y fomentase otro yihad *à la carte* contra otro imperio multinacional y multiétnico. La Unión Soviética no sólo acabó desangrada en Afganistán, la “trampa” fue el comienzo de la debacle económica, política y militar que condujo a su implosión como superpotencia, y por ende, a la conclusión de la competición Este-Oeste. La determinación de Estados Unidos de “devolverle” a los rusos el descalabro sufrido en Vietnam fue tal, que sus promotores no escatimaron en avivar al “genio del yihad” sin otro propósito que hacerle “pagar” a Moscú “el mayor precio posible” (Keane, 2005). Afganistán, curiosamente uno de los escenarios sopesados por el “yihad del *káiser*”, fue el laboratorio idóneo para que una “potencia cristiana” venciese de una vez por todas a la URSS, considerada ideológicamente marxista y atea.

Resulta interesante constatar que Zbigniew Brzezinski no sólo fue un geopolítico consumado de la escuela mackinderiana sino que se valió de su influencia como consejero de Seguridad Nacional durante la Administración Carter para atraer al Ejército Rojo a una contienda de desgaste que eventualmente forzaría al Kremlin a liberar Europa centro-oriental, incluyendo Polonia de donde había huido su familia, tras la ocupación nazi de 1939. Gracias a su ascenso en el ámbito político norteamericano como protegido de David Rockefeller, como soviólogo por la Universidad de Harvard, como artífice de la Comisión Trilateral, pero sobre todo, a su anticomunismo declarado, Brzezinski pudo articular su propia “guerra santa” como Max von Oppenheim, sólo que esta vez, la potencia instigadora no precisaría de un sultán pelele como Mehmet Reşad V o de un clérigo musulmán aleccionado para hacer el llamamiento a una sublevación yihadista, el mismo Brzezinski atizaría al genio de la lámpara en un campamento *muyahedin* en Pakistán desde donde se podía avistar el firmamento afgano y la futura perdición del Ejército Rojo:

“Conocemos vuestra profunda fe en Dios y confiamos en que vuestra lucha triunfará. Ese país que veis ahí es vuestro y algún día regresareis a él porque vuestra lucha prevalecerá. Y volveréis a tener vuestras casas y mezquitas, porque vuestra causa es justa y Dios está con vosotros.” (Steele, 1998)



El consejero de Seguridad Nacional de ascendencia polaca, Zbigniew Brzezinski y artífice del yihadismo afgano contra la Unión Soviética, en una reunión con el presidente norteamericano, Jimmy Carter, el 19 de abril de 1977. Fuente: “Zbigniew Brzezinski, ‘Limited’ Nuclear Warrior. Carter’s National Security Adviser Helped Reshape U.S. Plans for World War III”, de Robert Beckhusen, *War is Boring*, fechado el 27 de mayo de 2017, en <http://warisboring.com>

Siguiendo los paralelismos con la rivalidad ente Max von Oppenheim y T. E. Lawrence, el Club Safari también organizó una “agencia para la yihad” en El Cairo, justo como lo hiciesen los alemanes y los británicos a través del Buró de Inteligencia para Oriente y el Departamento de Asuntos Árabes respectivamente, con “...un secretariado, un departamento de planificación y una rama operativa...” Como el conde de Marenches, quizá el operador más diligente del cónclave, estaba convencido de que la URSS buscaba acceder a los puertos del Índico atrayéndose a los separatistas baluches que pugnaban por una Baluchistán emancipada entre Irán, Afganistán y Pakistán, siguiendo las proyecciones navales de Pedro el Grande en su afán por abrirse paso entre Persia e India y como también prevalecía el temor de que el ejemplo de la Revolución Islámica del ayatola Jomeini se propagara por toda la región, agentes del ISI y de la CIA –bajo la anuencia de Brzezinski-, “fomentaron” disturbios y amotinamientos antigubernamentales en Kabul para incitar a Moscú a responder con una intervención militar, tal como sucedería en la Navidad de 1979 (Steele, 1998; Keane, 2005).

A decir verdad, la invasión *no tomó por sorpresa* a Washington, los instigadores se tomaron el tiempo necesario para tender el anzuelo. A diferencia de otras operaciones encubiertas, el Club Safari se involucró en los preparativos desde finales de junio para evitar que toda la responsabilidad recayera en la CIA en caso de que el alzamiento yihadista redundara en un fiasco memorable como el de Bahía de Cochinos (Cooley, 2002).



Mapa de Asia durante el período decimonónico que refleja los esfuerzos de los entonces imperios británico y zarista por limitarse mutuamente en Asia Central con Afganistán como emirato-tapón. Fuente: “El Mundo Asiático en el Siglo XIX”, fechado el 5 de septiembre de 2014, en www.tutprialblog10000.blogspot.mx Cuando la URSS invadió finalmente Afganistán en 1979, el Club Safari y los estrategas estadounidenses supusieron que, eventualmente, los soviéticos completarían las ambiciones de Pedro el Grande de acceder al Índico.

Aunque en su fase inicial, las fuerzas soviéticas se limitaron a guarecer al régimen socialista de Babrak Karmal blindando los centros urbanos y las principales vías de comunicación, delegando el combate a las tropas afganas en los poblados rurales, a final de cuentas, la resistencia acabó fusionando los manuales del “yihad del *káiser*” y la “guerra de guerrillas” de Lawrence de Arabia para forzar a los contingentes comunistas a sostener una contienda larga e infructuosa. Para evitar que se “descubriera” la implicación de la CIA en el aprovisionamiento a los *muyahedin*, el ISI proporcionó algunas reliquias “coloniales de un solo tiro” como rifles Lee-Enfield o fusiles Máuser junto con otras armas ligeras de manufactura soviética provenientes de Egipto, China, Checoslovaquia e Israel. Para completar los suministros, la CIA montó “el concesionario Toyota más grande de todo el Sudeste de Asia” y también adquirió “todas las mulas que [se podían] conseguir en China y...África...” con el fin de sortear la accidentada orografía afgana sobre furgonetas japonesas y a lomo de animales desde la frontera paquistaní (Cooley, 2002; Keane, 2005).

Cuando los soviéticos abandonaron “el modelo de ofensivas de avance concebidas para derrotar a la OTAN en Europa y a las tropas chinas en Manchuria” y los tanques entraron en acción, la CIA dotó a los rebeldes con misiles MILAN franceses con sistemas de guía electrónicos para inutilizarlos en campo abierto. Cuando la CIA advirtió que las divisiones soviéticas se concentraban en bases “sobre el terreno” para “reagruparse” dado que “Afganistán es un país montañoso y escarpado donde incluso en las mejores circunstancias es difícil moverse de un sitio a otro”, resolvió armar y capacitar un reducido contingente de



yihadistas con potentes morteros de 120 milímetros guiados por satélite para devastar los cuarteles “desde una distancia segura” hasta reducirlos a escombros (Steele, 1998; Keane, 2005).

Y cuando los soviéticos finalmente le apostaron a la superioridad aérea con ataques a vuelo rasante con helicópteros artillados como el temible Mi-24, tropas de montaña y comandos de élite *Spetsnaz* aerotransportados que “se [lanzaban] desde helicópteros para cortar las rutas de escape de los *muyahedin*” (Steele, 1998) o bombardeos indiscriminados con aeronaves como el MIG-21, el MIG-23 o el Sujói Su-24 contra aldeas, campamentos y convoyes de abastecimiento, los célebres misiles Stinger tierra-aire termodirigidos de fabricación norteamericana entraron en escena y decidieron el rumbo del conflicto...y de la era bipolar:

“Los helicópteros eran muy eficaces para evitar las emboscadas a lo largo de las carreteras...Arrasaron las áreas dominadas por [los *muyahedin*] para despoblarlas y esparcieron en campos y rutas miles de minas antipersonales...Pero en Afganistán, como en Vietnam, el dominio del aire y la descomunal capacidad de fuego no bastaban para asegurar la victoria. Los helicópteros, a aquella altitud, sólo tenían la mitad de la capacidad de transporte habitual al nivel del mar. Les afectaban negativamente el calor, las tormentas de arena y el fuerte viento tan frecuentes en Afganistán. El mantenimiento era difícil y a menudo deficiente...Estados Unidos...proporcionó a Pakistán 2.700 misiles antiaéreos Stinger capaces de guiarse por el calor...Estos misiles, que pesaban sólo siete kilos, eran fácilmente transportados y podían derribar un avión a cinco kilómetros de distancia. Al principio Estados Unidos aseguró que esos misiles derribaban un avión cada día, pero una vez que las fuerzas aéreas soviéticas aprendieron a evitarlos volando muy alto y lanzando bengalas, el número de aviones derribados disminuyó espectacularmente, aunque también lo hizo la precisión de sus bombardeos...Aunque técnicamente los soviéticos mantenían el control del aire, la guerra y la pérdida de tantos aviones perjudicó la economía de la URSS y socavó su sistema político...” (Headrick, 2011)





“First Sting”, de Stuart Brown (2008). Fuente: CIA Museum, Central Intelligence Agency, fechado el 21 de noviembre de 2012, en www.cia.gov Los misiles Stinger proporcionados por la CIA, en manos de los *muyahedin*, resultaron ser el arma decisiva para socavar la temible superioridad de la fuerza aérea soviética.

En efecto, la pesadilla británica que infundió la revuelta mahdista de Sudán a finales del siglo XIX sobre *¿qué habría ocurrido si estos guerreros de Dios hubiesen contado con armas modernas?*, se estaba materializando en Afganistán. Pese a que la CIA también patrocinó y organizó actos terroristas contra objetivos y “líderes soviéticos dentro de la capital Kabul” con “bombas por control remoto, temporizadores, y de vez en cuando, coches bomba y maletines bomba”, así como “ataques a presas, a torres eléctricas, líneas eléctricas, grupos electrógenos, infraestructuras, en fuentes [y] toda esa clase de cosas” (Keane, 2005), tal como había sido ideado por el barón von Oppenheim; en este sentido, el desenlace del “yihad de Brzezinski” se acercó más a la campaña del coronel T. E. Lawrence, pues provocó un efecto dominó que cimbraría tanto los confines imperiales como los cimientos mismos de la civilización soviética. Razonando como lo hiciera Winston Churchill cuando se regodeaba con el fabuloso botín que le aguardaba a la Entente de caer Constantinopla, Brzezinski bien pudo haber dicho algo como esto: *Piensen en lo que representa para Moscú Berlín y el resto de Europa centro-oriental o los ricos yacimientos energéticos del Cáucaso y Asia Central. Todo en uno para Occidente, piensen en lo que significaría su caída.* Gracias “al oro de la CIA” y a “la sangre de los *muyahedin*” (Steele, 1998), los Estados Unidos se propusieron desvalijar a la superpotencia socialista como si fuese el “hombre enfermo del Bósforo” de la Guerra Fría:

“Más allá de las montañas, al norte [de Afganistán] se extendían los vastos territorios del Asia Central soviética. Allí, a lo largo de las carreteras que conducían a las antiguas ciudades musulmanas de Bujara, Samarcanda y Tashkent se encontraban las tierras del Asia central musulmana, agitada bajo el yugo ruso y comunista, quizá madura para un proceso de ‘liberación’ que culminara en su independencia. A juzgar por las reflexiones de Brzezinski en 1998 parece claro que en 1979, al menos él, de entre los principales planificadores de la política del presidente Carter, compartía esta ambiciosa visión, por mucho que los inmensos recursos energéticos que Asia central podía ofrecer a Occidente no fueran tan bien conocidos entonces como lo fueron una década después. Lo que es seguro es que los hombres de Carter, en especial los pertenecientes a los servicios de inteligencia que habían sobrevivido a los grandes escándalos de la CIA en las décadas de 1960 y 1970, estaban convencidos de que ayudar a la resistencia afgana contra los soviéticos podía traer consigo recompensas insospechadas.” (Cooley, 2002)

Aún así, puede que cuando Brzezinski se propuso “abrir una brecha en las fuerzas soviéticas [para] que sangrara abundantemente el mayor tiempo posible” con un saldo de “15,000 jóvenes reclutas soviéticos y de aproximadamente un millón de afganos [muertos]” (Steele, 1998) y tres millones de desplazados

(Cooley, 2002), sin duda no vislumbró la espiral de sucesos que sobrevendría. Casi diez meses después de que “el último tanque ruso que llevaba el último soldado ruso” cruzase el Puente de la Amistad entre Afganistán y la URSS tras negociar su retirada en Ginebra (Keane, 2005), el 9 de noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín que dividía a las dos Alemanias sepultando la *pax* de Yalta.



Blindados soviéticos abandonando Afganistán el 15 de febrero de 1989 a través del Puente de la Amistad. Fuente: “Crossing the Bridge: The 25th Anniversary of the Soviet Withdrawal from Afghanistan”, de Thomas Rutting, *Afghanistan Analysts Network*, fechado el 15 de febrero de 2014, en www.afghanistan-analysts.org La aventura afgana le costaría al Kremlin la disolución del vasto imperio soviético, desde Europa del Este hasta Asia Central.

Poco después, entre 1990 y 1991 la Unión Soviética expiraba y le sucedían 15 nuevas entidades estatales, con diversos grados de adhesión y resistencia al Kremlin. La debacle fue hábilmente capitalizada tanto por la Unión Europea como por la OTAN que se apresuraron a cubrir el repliegue del Ejército Rojo vigorizando su membresía en dirección al Este e instaurando protectorados en la ex Yugoslavia a fin de amalgamar y reorientar al otrora Telón de Acero contra Moscú. Empero, la fisura afgana amenazaba igualmente con balcanizar a la propia Federación Rusa y su Cercano Extranjero que aún trataban de reponerse del derrumbamiento soviético. Extrapolando a Max von Oppenheim: *Rusia resultó ser más vulnerable en sus colonias*. No obstante, tal sacudimiento también se volvería contra los patrocinadores de los “partisanos” yihadistas. A decir de John K. Cooley, tanto Brzezinski como la dupla Reagan-Casey “...destaparon la botella que guardaba los genios que, en las décadas de 1980 y 1990, habían de desencadenar la violencia terrorista y contribuir a la difusión de la cultura de las drogas en todo el mundo, de Nueva York a Filipinas.” (Cooley, 2002)



Afganistán como Laboratorio Terrorista

La determinación de Washington de extirpar todo indicio de sovietismo en Afganistán fue tal, que no sólo financiaron y pertrecharon a los *muyahedin* locales para derrocar al régimen socialista de Kabul y expulsar a los invasores, la CIA y el ISI acabaron estructurando una auténtica “internacional yihadista” con una letalidad, un despliegue logístico y una afluencia de recursos que ni el *káiser* o el barón Oppenheim hubiesen concebido para desmoralizar y vencer a la Entente. Incitada por el ascenso del ayatola Jomeini en Irán que confirmaba que era factible implantar una teocracia fundamentalista en pleno siglo XX y los “presupuestos negros” de la CIA, esta “internacional” de combatientes santos fue instruida y adoctrinada en campamentos estadounidenses y paquistaníes para asesinar y destruir tanto objetivos militares como civiles con una eficacia que enorgullecía a sus benefactores.

Ante las reformas emprendidas por la “Revolución de Abril” de 1978 que buscaba atraerse al campesinado afgano con un ambicioso programa de alfabetización nacional, industrialización y reconversión agraria en detrimento de los jefes tribales y latifundistas que veían en tales medidas una campaña de secularización y expropiación a gran escala bajo la presidencia de Nur Muhammed Taraki (Quintana Pali, 1986), Estados Unidos y sus aliados prefirieron atizar las llamas del integrista islámico que permitir que el Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA) y sus consejeros soviéticos consolidaran un Estado-satélite que fuese un modelo de modernización en la región, y que a la postre “desestabilizase” Baluchistán y el Golfo Pérsico.

Aunque la URSS ya socorría la economía afgana a partir de 1956 a través de empréstitos, inversiones, autopistas, puertos, gasoductos, estaciones eléctricas, bases militares y estaba involucrada en la profesionalización de las fuerzas armadas, las facciones del PDPA que salieron fortalecidos tras deponer y eliminar a Muhammed Daud Khan, a su círculo familiar y a sus colaboracionistas en 1978 (Cooley, 2002), no contaban ni con los conocimientos o la experiencia suficientes para socavar las fuertes tradiciones sociales y religiosas que imperaban en las zonas rurales. El modelo desarrollista básicamente se centraba en las urbes y sus planificadores supusieron que irradiaría desde Kabul hasta superar las estructuras feudales de producción y organización familiar:

“Los movimientos marxistas afganos que desembocaron en la ‘Revolución de Abril’ surgieron fundamentalmente de una *intelligentsia* reformista que tenía una larga trayectoria de participación en movimientos democráticos universitarios y parlamentarios...Las primeras reformas que intentó el régimen ‘revolucionario’ para ampliar sus bases sociales de legitimidad política se dieron en el campo: la cancelación de las deudas campesinas contratadas en condiciones de usura, la eliminación de la dote [matrimonial], y la Reforma Agraria. A pesar de las buenas intenciones del celo reformista del nuevo régimen, muchas veces estos intentos por ampliar sus bases le resultaron contraproducentes,



particularmente a partir de una resistencia orquestada por la vieja *élite* rural. El partido que había llegado al poder no poseía verdaderos cuadros de revolucionarios profesionales, ni tenía una idea muy objetiva de las realidades sociales de Afganistán... Si bien existía un descontento social muy generalizado y real con el régimen de Daud, las fuerzas del cambio no tenían un plan de acción preciso. Resultaba fácil tomar la ciudad de Kabul, pero controlar al resto de Afganistán era otra cosa..." (Quintana Pali, 1986)

En efecto, aquella *vieja élite rural* estaba decidida a frenar la propagación del comunismo y cuando no organizaban movilizaciones callejeras, atacaban centros educativos y oficinas públicas. Pronto, las fronteras de Afganistán fueron desbordadas por miles de refugiados que escapaban del "celo reformista" y las represalias gubernamentales. Cómo Taraki no compartía los métodos "stalinistas" de su primer ministro, Hafizullah Amin, y se había quejado ante el *premier* soviético Leonid Brézhnev de sus "excesos", Amin decidió encarcelar a Taraki el 15 de septiembre de 1979 para depurar las filas del PDPA, acelerar las reformas y acabar con la insurgencia. A comienzos de octubre, ordenó la ejecución de Taraki y la expulsión del embajador soviético de Kabul. Pero la creciente incompetencia de Amin y sus contactos titubeantes con la legación estadounidense para granjearse el respaldo de Washington, orillaron al Kremlin a intervenir militarmente para darle caza a Hafizullah Amin y reemplazarlo por Babrak Karmal, tal como lo hicieron en Hungría en 1956 o en Checoslovaquia en 1968: removiendo elementos incómodos y "restableciendo el orden" (Steele, 1998; Forigua-Rojas, 2010).

A pesar de que Afganistán contaba con una base industrial rudimentaria, un ingente campesinado desempleado que suplía su precariedad con "labores estacionales" entre Irán, Pakistán e India, un marcado divisionismo étnico y lingüístico, así como una milicia basada en la conscripción que oscilaba entre los 19 y 22 años de edad, desmotivada y diezmada por las constantes deserciones, así como una clase política enfrentada y clientelista (Quintana Pali, 1986); las Líneas Básicas de Deberes Revolucionarios que suplantaban la Carta Magna de 1977, ya estaban trastocando los cimientos de la sociedad afgana ilegalizando los cultivos de adormideras e impulsando un reparto agrario sin precedentes a través de granjas colectivas y cooperativas con jornaleros asalariados, veterinarias estatales, créditos, maquinaria agrícola, granos y controles en los precios de los productos básicos. El PDPA también organizó sindicatos y proveyó servicios médicos y de planificación familiar, educación básica y educación media superior incluyentes para ambos sexos con asignaturas de tendencia progresista y con material didáctico en los siete idiomas nacionales. Por vez primera, la mujer gozaba de derechos civiles consagrados para acceder a una formación universitaria y/o ejercer cargos públicos; inclusive, podía elegir a su cónyuge y cuando matrimoniarse (Halliday & Tanin, 1998; Blum, 2005)). Pese a las objeciones del Politburó soviético, tanto Taraki como Amin estaban decididos a consumir la transición socialista en el transcurso de un solo Plan Quinquenal (Steele, 1998):



“Afganistán es una nación atrasada: una expectativa de vida de alrededor de cuarenta años, mortalidad infantil de 25%, una estructura sanitaria absolutamente primitiva, desnutrición generalizada, analfabetismo de más de 90%, muy pocas carreteras, ni un kilómetro de ferrocarril, la mayoría de la gente viviendo en tribus nómadas o como empobrecidos granjeros en aldeas de barro, más identificados con grupos étnicos particulares que con un concepto político de mayor alcance: una vida muy parecida a la que había llevado muchos siglos atrás... El Gobierno afgano trataba de traer al país al siglo XX. En mayo de 1979 el científico político Fred Halliday observó que ‘ha habido más cambios en el campo probablemente en este último año que en los dos siglos que desde se estableció el Estado’. Se habían cancelado las deudas de los campesinos con los terratenientes, fue abolido el sistema de usura (que mantenía a los campesinos en perpetuo endeudamiento al tener que pedir dinero contra la cosecha venidera), y cientos de escuelas y clínicas médicas fueron construidas en el campo. Halliday también reportaba que un programa sustancial de redistribución de la tierra se estaba llevando a cabo, y que la mayoría de las 200.000 familias planificadas para recibir terrenos en el mismo ya estaban en posesión de ellos. Pero esto último debe ser asumido con reserva. La reforma agraria revolucionaria es siempre una empresa extremadamente compleja y precaria, incluso en las condiciones ideales, y el Afganistán atrasado y atado a la tradición, en medio de una incipiente guerra civil, difícilmente podía ofrecer las condiciones ideales para experimentos sociales.” (Blum, 2005)

Sin embargo, tal experimento estaba a punto de zozobrar con el experimento geoestratégico que urdían la Agencia Central de Inteligencia y a sus socios del Club Safari. Cuando los clérigos musulmanes que en su mayoría eran también prósperos rentistas o terratenientes como el *mullah* Sahar Gul de la provincia de Laghman rechazaron la “Revolución de Abril” y clamaron venganza porque “los comunistas trataban de cambiar la Ley de Dios, querían destruir las tradiciones islámicas para librar al país de la pobreza y hacer que todos fuéramos iguales...[contrariando] la Ley del Islam, [pues] Dios ha decidido quién es rico y quién pobre y los comunistas no pueden cambiarlo...”, quedaba claro que Washington podía valerse de su renovado radicalismo para movilizar a los *muyahedin* y lanzarse contra los “impíos comunistas”(Steele, 1998; Blum, 2005).

Si bien, algunas de las figuras que jugaron un papel clave en la planeación y ejecución de la Operación Ciclón como Milton Bearden, encargado de la CIA en Islamabad o el senador demócrata, Charles Wilson, se dejaron fotografiar en campamentos paquistaníes y afganos con amplias sonrisas, armados o escoltados por yihadistas armados y luciendo atuendos pashtunes como el *shalwar kameez* y el *pakol* en “una versión un tanto desvaída del orientalismo de filoárabes o filoislamistas como Lawrence de Arabia” o Archibald Bulloch Roosevelt, descendiente del presidente Theodore Roosevelt, seguidor de Rudyard Kipling y “especialista en Oriente Próximo para la CIA”; lejos de infundir “un espíritu de aventurerismo



romántico”, también fueron responsables de incubara los futuros terroristas que más tarde exportarían la violencia yihadista (Cooley, 2002).



El senador demócrata por Texas, Charles Wilson, en Afganistán en 1987. Fuente: “Charles Wilson: Remembering Charlie Wilson”, de Scott Eslinger, *Beaumont Enterprise*, fechado el 10 de febrero de 2010, en www.beaumontenterprise.com Gracias a su influencia en el Comité de Apropiaciones de la Cámara de Representantes, que entre otras atribuciones, también designa los montos de los “presupuestos negros”, el congresista fue uno de los partícipes más entusiastas de la Operación Ciclón, el programa de la CIA para financiar y pertrechar a los *muyahedin* en su lucha contra los soviéticos.

Veteranos norteamericanos de las fuerzas especiales que combatieron al *Vietcong* con aldeanos de la etnia rade a través del programa *Civil Irregular Defense Group* (CIDG) y agentes de la CIA, del ISI paquistaní, el SDECE francés y el M-16 británico adiestraron a un nutrido contingente musulmán de voluntarios, mercenarios, disidentes, conscriptos y prófugos de la justicia procedentes de Norteamérica, Europa, África, Asia Suroccidental, el Cáucaso, Asia Central y el Sudeste Asiático en “más de sesenta habilidades letales” incluyendo el asesinato por estrangulación y apuñalamiento, el manejo de armas soviéticas como el Kalashnikov o AK-47, técnicas de tiro para francotiradores, artes marciales, uso de explosivos, sabotajes “estratégicos” e “indirectos”, así como falsificación de pasaportes y otros documentos personales para infiltrarse y escapar sin ser detectados (Cooley, 2002).

A sabiendas de lo que implicaba para su seguridad y temeroso de que llegase a correr la misma suerte que su antecesor, Anuar el Sadat cuando fue ultimado por extremistas del grupo *Al Yihad* el 6 de octubre de 1981, el mandatario egipcio, Hosni Mubarak, encargó tácitamente qué, mientras: “Algunos de los alumnos estaban destinados, a su vez, a entrenar a voluntarios egipcios que partían a la yihad afgana. Otros serían adiestrados para perseguirlos y matarlos cuando regresaran a Egipto y tomaran las armas contra...[él].” (Cooley, 2002)

Pues dichas habilidades se complementaban con cursos de adoctrinamiento teológico, telecomunicaciones, espionaje, propaganda y guerra psicológica y se impartían en bases de Estados Unidos como Fort Bragg,



Camp Peary, Fort A. P. Hill y Camp Pickett o en Lahore y Peshawar, Pakistán antes de poner en práctica sus conocimientos en Afganistán. Las mutilaciones y el desollamiento para torturar e infligir una “muerte lenta, en extremo dolorosa” o las decapitaciones a los prisioneros, corrían por cuenta de los propios *muyahedin* pashtunes, pues ya formaban parte de su ancestral y fiero código de conducta o *pashtunwali*. No obstante, de vuelta en casa, algunos yihadistas extranjeros practicarían y difundirían tales crueldades como tácticas terroristas (Cooley, 2002; Blum, 2005).



Grupo de combatientes afridi de la etnia pashtún en Jamrud, 1878. Fuente: “Frontier Tribesmen”, de Juan Mancheño, *Waziristan on a Fancy*, fechado el 18 de agosto de 2013, en www.waziristanonafancy.blogspot.mx Durante el Gran Juego, la competición geopolítica entre San Petersburgo y Londres por contenerse en Afganistán, los espías británicos advirtieron que trazar mapas “más allá de Cachemira y el paso Kyber disfrazados de monjes budistas...se trataba de un juego mortal en tierra de nadie, donde la única regla el despiadado código pashtún o *pathan*: hospitalidad para el forastero, y el degüello y venganza eterna contra toda su descendencia si infringía las normas.” (Ferguson, 2005)

Cómo describió William Fisk en su novela *Tom Graham*, a propósito de la segunda contienda anglo-afgana: “...el único propósito de cualquier afgano en la guerra de 1878-1880 era cortar en pedazos a todo infiel que encontrara. En cuanto más pedazos cortara al desventurado británico mayor era el *súmmum* de su dicha en el Paraíso.” (Fisk, 2005) De hecho, el 26 de septiembre de 1996, cuando los talibán tomaron Kabul, Muhammed Najibulláh, artífice de la Comisión de Reconciliación Nacional que invitaba a los *muyahedin* a deponer las armas para integrarse a la vida política y primer presidente de la nueva República de Afganistán que transitaba del credo marxista a un Estado islámico entre 1986 y 1992 tras la destitución de Babrak Karmal, fue capturado junto con su hermano, Shahpur Ahmadzai, en un edificio de las Naciones Unidas que gozaba de inmunidad diplomática, donde fueron golpeados, castrados, ahorcados y posteriormente exhibidos en la vía pública pendiendo de un poste: “La ejecución de Najibulláh fue el primer acto simbólico y brutal realizado por los talibán en Kabul, una matanza premeditada con el fin de aterrorizar



a la población. El *mullah* Rabbani, recién nombrado jefe de la *shura* de Kabul, anunció que Najibulláh era comunista y un asesino, y que los talibán lo habían sentenciado a muerte.” (Rashid, 2001)

Pero como veremos, esta clase de *actos simbólicos y brutales*, pronto contaría con una curtida legión de apologistas, deseosos de emprender sus propias guerras y sus propios “feudos integristas”. En efecto, entre los graduados sobresalientes de los campos de entrenamiento auspiciados por Washington e Islamabad, se encuentran Aisa Mesaudi, alias *Tayeb al Afgani* y Murad Si Ahmed o *Djafaar el-Afgani*, jefes del *Groupe Islamique Armé* o GIA, que junto con el Ejército Islámico de Salvación o AIS, sumergieron a Argelia en una sangrienta guerra civil que entre 1992 y 1998 se cobró un saldo de 100,000 víctimas.

El conflicto se produjo en respuesta a la anulación de las elecciones de 1991 y la consecuente ilegalización del Frente Islámico de Salvación o FIS por parte del presidente, Chadli Ben Jedid, que se oponía al empoderamiento de los islamistas. Los fundadores y brigadistas del GIA, como sus camaradas afganos, llevaban atuendos negros, exhibían hábitos frugales y buscaban “limpiar de corrupción la sociedad y la política, preparando el advenimiento del estado islámico perfecto, el reino de Dios en la tierra.” (Dévoluy y Diteil, 1995)

Siguiendo los instructivos de la CIA e inspirados por el furor inquisitorial de los talibán en Afganistán, el GIA asesinaba desde funcionarios, profesionistas, magistrados y clérigos “colaboracionistas” hasta mujeres, catedráticos, artistas, reporteros y comentaristas que sencillamente no acataban su interpretación de “un Islam estricto y puritano” en cuanto a la vestimenta y otras expresiones “modernistas” o “francófonas” y que tildaban de “laico-asimilacionistas” o “laico-comunistas”. Viñedos, universidades, e inclusive, instalaciones petroleras fuertemente custodiadas, también sufrieron asaltos y atentados terroristas. El GIA tuvo su bautismo de fuego en Guemar, próximo a Túnez, cuando el 29 de noviembre de 1991, Mesaudi y sus yihadistas eliminaron toda una guarnición fronteriza mientras pernoctaba “a golpe de cuchillo y espada” para despojarle de sus armas. Se estima que cerca de 2,000 argelinos fueron entrenados por la CIA y el ISI para combatir en Afganistán, incluyendo desertores de las fuerzas armadas (Dévoluy y Diteil, 1995; Cooley, 2002).

Otro destacado discípulo fue Medhat Muhammed Abdel Rahman que al frente de un reducido comando afiliado al *Al-Gama'a al-Islamiyya* o Grupo Islámico, emboscó y masacró a 58 turistas extranjeros y 4 egipcios, mientras recorrían o custodiaban el templo de la reina Hatshepsut en Luxor, el 17 de noviembre de 1997. Los atacantes no sólo acibillaron a los visitantes, a los agentes de policía y al guía que quedaron atrapados al interior del recinto, también dejaron un rastro inconfundible de “degüellos y evisceraciones” entre los heridos con machetes y dagas que recordaba la temible hospitalidad pashtún. El brutal e inaudito ataque colapsó la principal fuente de ingresos de El Cairo por cerca de un año, superando los 3,000 millones de dólares en pérdidas, “el equivalente a la ayuda anual de Estados Unidos a los programas



públicos y privados para el desarrollo del presidente Mubarak.” (Cooley, 2002) En la terminología de la CIA, Abdel Rahman y sus hombres habían perpetrado un acto de sabotaje “estratégico” contra el floreciente sector turístico de Egipto.

En las Filipinas, la agrupación separatista *Abu Sayyab*, una filial del Frente Moro de Liberación Islámica o MILF que reivindica la instauración de un Estado fundamentalista desde las islas de Joló y Basilán hasta Mindanao en el sur del archipiélago, introdujo el terrorismo marítimo mediante asaltos, secuestros, extorsiones y asesinatos contra los propietarios, tripulaciones y pasajeros de buques cisterna, barcos pesqueros, yates y cruceros de lujo. Sus integrantes, igualmente se han distinguido por aniquilar aldeanos que profesaban el catolicismo, decapitar misioneros, expropiar tierras, así como atacar aeropuertos y colocar explosivos en autobuses, centros comerciales, así como en Makati, el distrito financiero de Manila, con el fin de quebrantar el turismo nacional y el sector agrario de Mindanao, uno de los principales abastecedores de granos del país (Cooley, 2002; Abuza, 2005).

El 25 de abril del 2000, un comando de *Abu Sayyaf* se adentro a aguas de la vecina Malasia y capturó a 21 turistas en su mayoría extranjeros que practicaban buceo en la isla de Sipadan. Los intentos fallidos por rescatarlos o/y negociar su liberación, diezmaron la credibilidad del presidente, Joseph Estrada, que fue acusado de corrupción y sustituido por la vicepresidenta, Gloria Macapagal Arroyo a comienzos del 2001. Fundada por Abduragak Abubakr Janjalani, *Abu Sayyaf* es “la rama filipina” de los *muyahedin* que lucharon contra los comunistas afganos y sus aliados soviéticos bajo las órdenes del comandante y teólogo pashtún, Abdul Rasul Sayyaf. Con más de 300 soldados filipinos abatidos en enfrentamientos, actualmente, la organización terrorista es considerada también una seria amenaza para Malasia e Indonesia, cuyas poblaciones son predominantemente de confesión musulmana (Cooley, 2002; Abuza, 2005).

Pero quizá el caso más emblemático de la “conexión afgana” por su grado de peligrosidad y sofisticación es el del kuwaití Ramzi Ahmed Yousef, que fue capturado en Islamabad el 7 de febrero de 1995 por agentes del ISI y del Servicio de Seguridad Diplomática norteamericano para su extradición, tras seguirle la pista en Filipinas donde intento volar una aeronave de *Philippine Airlines*, matando a un pasajero japonés el 11 de diciembre de 1994. Colaborador y amigo íntimo de Janjalani, Ahmed Yousef se hizo célebre cuando, junto con los palestinos Ahmed Ajaj y Eyad Ismoil, los jordanos Muhammad Salameh y Bilal Alkaisi, los egipcios Ibrahim Elghabrowni y Mahmoud Abuhallima y el también kuwaití, Nidal Ayyad, fueron arrestados y acusados de haber preparado y colocado un potente explosivo en el estacionamiento subterráneo de la Torre Norte del *World Trade Center* que mató a seis personas e hirió a más de 1,000 el 26 de febrero de 1993. Aunque la explosión no bastó para que el inmueble cayese sobre la Torre Sur cómo había proyectado originalmente Yousef y “...para que los americanos supiesen que estaban *en guerra...*”, fue



suficiente para reventar cuatro capas de concreto, dejando una cavidad de más de 60 metros de profundidad (Cooley, 2002).

La filtración del entonces director del FBI en Nueva York, Robert Fox, de que la CIA se encontraba detrás del adiestramiento de los atacantes, le costó su transferencia “a un destino lejano”, pues no sólo averiguó que Yousef y Ajaj se entrenaron en Camp Caldoun en Afganistán, el artefacto estaba hecho a base de nitrato de amonio y gasoil cómo figuraba en los instructivos de la Agencia para demoler o colocar minas. Para darnos una idea de la potencia que pueden alcanzar estas “bombas caseras”, Timothy McVeigh, autor de la voladura del edificio del FBI en Oklahoma City el 19 de abril de 1995 en represalia por el fatídico operativo contra los davidianos en Waco, Texas, utilizó “la misma receta” que la CIA repartía a los *muyahedin*. Yousef se enorgullecía de ser un terrorista y más tarde se sabría que también había planeado asesinar a varias figuras prominentes como Hosni Mubarak y a la entonces primera ministra pakistaní, Benazir Bhutto, así como atentar contra doce aeronaves de *United* y *Delta Airlines* en Filipinas. Políglota, con estudios universitarios en ingeniería electrónica y química, con familiares y contactos repartidos entre Pakistán, Kuwait, Irak y Palestina y debido a su destreza para inventarse más de una docena de identidades con sus respectivos pasaportes e historiales médicos, bancarios y académicos, -cortesía del M-16-, las autoridades sólo dieron con su paradero gracias a un cómplice que lo delató para cobrar la recompensa y tras dos años de infructuosa búsqueda (Cooley, 2002; Parachini, 2000; Eldridge & Ginsburg, 2004).



Uno de los pasaportes apócrifos de Ramzi Ahmed Yousef donde figura como oriundo del emirato de Abu-Dhabi. Fuente: “Ram’s Fake Passport to Flee Country”, *United States History*, en www.kgarcia18sbs.yolasite.com

Reclutados en sus propios países por la organización islámica de origen indio *Tablighi Jamaat* con su “sistema de *madrasas* o escuelas coránicas...[su] proselitismo puerta a puerta...[y su] sistema de aprendizaje religioso basado en las relaciones personales intensas y en la prédica...” y con “capellanes”



que frecuentaban desde universidades hasta cárceles, con miles de visas facilitadas por Pakistán, con instructores militares y civiles altamente experimentados como ex *boinas verdes*, con coranes impresos por la CIA, con armamento y víveres llegados desde puertos y bases omaníes, cuantiosas “donaciones caritativas” árabes y asistencia médica proporcionada por voluntarios franceses de *Aide Médicale Internationale* o *Médecins du Monde*; los yihadistas extranjeros, tras demostrarse que podían derrotar a una superpotencia, retornaron a sus hogares o emigraron a otros campos de batalla para convertirse en mártires y propalar su ejemplo, dejando una estela reconocible de violencia sectaria desde el Sudeste Asiático hasta el Magreb. Cómo previno el comandante tayiko, Ahmad Shuh Masud, cuando combatía a su lado en plena contienda afgana: “...los fanáticos anticomunistas de la guerra se [convertirán] en fanáticos antioccidentales y terroristas cuando ésta [termine].” (Cooley, 2002)

De hecho, cuando los reporteros del diario francés *Le Point*, Pierre Dévoluy y Mireille Diteil se propusieron indagar las posibles causas estructurales que sumergieron a Argelia en una cruenta guerra civil a partir de 1991, advirtieron un *modus operandi* que más tarde se volvería habitual entre algunas células y “lobos solitarios” que abrazaron el islamismo revolucionario y que protagonizaron ataques –inclusive sistemáticos– contra objetivos civiles en plazas, discotecas, salas de conciertos y otros sitios concurridos como los que estremecieron recientemente San Bernardino, Orlando, París, Bruselas, Niza, Manchester, Londres y Barcelona y que más adelante serían reivindicados por el Estado Islámico de Irak y Levante (EIL) a través de las redes sociales:

“Estos partidarios de la lucha armada tienen la eternidad ante ellos. Son adeptos de la idea del *Juruj fi-sabillah*, el ‘viaje en el camino de Dios’. Este concepto recoge un *hadith* [andanzas, proverbios y sentencias] del Profeta que recomendaba a sus discípulos que ‘salieran’, que viajaran, que fueran al encuentro de otros fieles para ayudarles. Esta propensión al viaje es una de las características de los argelinos. La han contraído a causa de la emigración, y después la han desarrollado porque, hasta los últimos años, tenían acceso a medios de transporte modernos y baratos...Así puede explicarse el entusiasmo por Afganistán, que vio luchar al lado de los rudos montañeses de Asia Menor a cerca de mil argelinos.

Esta categoría de ‘luchadores del Islam’ está muy subdividida. Está conformada por centenares de *jamaate*: pequeños equipos, incluso simples individuos que disponen de escondites en los que guardan una o dos armas, pólvora, víveres y divisas. Cada responsable de un escondrijo, en relación como máximo con otras dos personas de su pueblo o de su barrio, tiene su predicador, su ‘emir’, que generalmente es también un antiguo combatiente de Afganistán. Éste puede venir a activar sus *jamaate* sin excesivo riesgo de ser ‘entregado’ ni de desencadenar una cascada de arrestos. Esta subdivisión eficaz hace difíciles las operaciones de represión. Para actuar, el combatiente espera una señal, ya sea después de la visita del



‘emir de la ciudad’, o simplemente porque ha tenido un sueño, una visión, o incluso una intuición. Entonces, desenterrarán sus armas e irá a matar a un policía, a incendiar un transformador eléctrico o hacer saltar una vía férrea...Estos hombres no obedecen a ninguna lógica política. Actúan puntualmente y de manera individual y a veces se repliegan en el *jebel* [montaña, colina o poblado].” (Dévoluy y Diteil, 1995)

Las Guerras del Opio y las “Alianzas Peligrosas”

Pero Estados Unidos no sólo liberó al “genio del yihad” contra la Unión Soviética con sus graduados *cum laude* en terrorismo internacional, también espoleó el cultivo y el trasiego de drogas ilícitas a gran escala para minar la moral soviética, una geoestrategia ensayada con antelación por la *British East India Company* para doblegar la China de la dinastía Qing entre 1839 y 1842, y posteriormente, entre 1856 y 1860 con el fin de reducir su “enorme déficit comercial” (Meyer, 1997) y solventar las onerosas importaciones de té, seda y porcelana con miles de cofres llenos opio que ingresaban de contrabando desde India, cuyo gobierno colonial residía en una corporación “filibustera” que a base de ataques, despojos, tratados arbitrarios, corrupción, prácticas monopólicas, esclavos, drogas y millones de adictos, impulsaría las fortunas de las familias Matheson, Inchcape, Rothschild, Morgan, Perkins, Astor y Forbes, así como los fondos de capitalización del *Hong Kong and Shanghai Banking Corporation*, mejor conocido como HSBC, la primera narco-multinacional o *Dope, Inc.* del orbe (Vallar, 2009; Dalrymple, 2015; Durden, 2015) y la masificación de la “hora del té” en las Islas Británicas como símbolo victoriano de etiqueta y consagración imperial:

“El té llegó aquí a comienzos de los años 1600, y era tan costoso que se servía en tazas pequeñas. Entonces, llegó una amante del té real, la reina consorte de Carlos II Catherine de Braganza, quién hizo del té la bebida de moda entre las clases ricas. Siguió siendo un lujo hasta el final del siglo XVIII, lo cual no es sorprendente dado que una libra de té habría costado a un trabajador británico el equivalente a nueve meses de salario. El ritual del té de la tarde fue una invención victoriana y se le atribuye a la duquesa de Bedford. Al descubrir que necesitaba una reunión por la tarde entre el almuerzo y la cena, la duquesa se dedicó a disfrutar de un pastel o sándwich sin corteza con su taza de té de Darjeeling. No es sorprendente como el té se estableció en el corazón de la vida británica, se convirtió en un gran negocio. Pero para comprar té en China a un precio razonable, la *British East India Company* alentó el comercio ilícito de opio, el contrabando de opio cultivado en India a China y el uso de las ganancias obtenidas ilícitamente para financiar el comercio del té...A medida que transcurría el siglo, las plantaciones de té se establecieron en Sri Lanka y un gran número de tamiles fueron trasladados allí desde el sur de la India para trabajar en ellas. Mientras tanto, se hicieron fortunas con el transporte marítimo ya que este comercio en rápida expansión requería un gran número de *clippers* [embarcaciones de vela] para llevar té a Gran Bretaña. Llevar azúcar a una mesa de té británica también tuvo un costo humano. Los primeros esclavos africanos que llegaron a



las Américas trabajaron en plantaciones de azúcar, el inicio de la larga y terrible red que llevaba productos europeos a África, esclavos africanos a las Américas y azúcar producido por esclavos a Europa. Después de una larga campaña...la esclavitud en las Antillas británicas fue abolida en 1830. Pero todavía quedaba una gran cantidad de esclavos del azúcar alrededor –Cuba fue un productor masivo- , y por supuesto, fue más barato que cualquier otra cosa cultivada en plantaciones libres. Entonces, la ética del azúcar continuó siendo una política caliente. Para 1900, el consumo promedio de té por persona en Gran Bretaña era de 6 libras al año.” (Kemp, 2010)

Tras la Primera Guerra del Opio, con el Tratado de Nankín de 1842, la *British East India Company* no solo se apoderaba de la isla de Hong Kong, también asumía la gestión directa de cinco puertos chinos, incluyendo el de Guangzhu, para asegurarse un mercado cautivo de millones de heroinómanos. Adam Smith, considerado el fundador del “liberalismo económico”, y Warren Delano, futuro abuelo de Franklin Delano Roosevelt, entonces socio *senior* de la Russell & Company –una empresa de transporte naviero con sede en Boston-, le deben su mecenazgo y riqueza a las jugosas ganancias que generaba el tráfico de opio (Durden, 2015; Meyer, 1997).



“Destroying the Chinese War Junks”, de E. Duncan (1843). Fuente: “Shap’ang Tsai, Xú Yàbǎo, and the Royal Navy”, de Cindy Vallar, *Pirates and Privateers. The History of Maritime Piracy*, fechado en 2014, en www.cindyvallar.com Durante la Segunda Guerra del Opio, la *British East India Company* también se valió de las Tríadas chinas de Singapur para crear un grupo de choque en Hong Kong de nombre *Bamboo Corps* que consolidase su control sobre el puerto de Guangzhu, aprovechando la animadversión de la etnia hakka singapurense contra el dominio manchú. Las Tríadas han sido responsables de defender el sur de China de los atropellos de los emperadores, desde Zhejiang hasta Formosa (la actual Taiwán) durante el siglo XVIII y también ayudaron a proporcionar 30,000 trabajadores inmigrantes o *coolies* para que completasen el Ferrocarril Transcontinental en la Costa Oeste de los Estados Unidos en el siglo XIX. Los barrios chinos de San Francisco y Vancouver con sus fumaderos de opio florecieron gracias a las Tríadas o Sociedades Negras (*Hei Shehui*) que se encuentran entre las organizaciones criminales más antiguas y extendidas de Asia (Gayraud, 2007; Durden, 2015; Chew, 2004).



Sin embargo, a diferencia de los británicos, los operadores de la Agencia Central de Inteligencia no tuvieron que molestarse demasiado en confeccionar sus propias economías de enclave, Afganistán ya era uno de los mayores productores de adormidera, hachís y cannabis mucho antes de que la Unión Soviética y los Estados Unidos se midieran en sus laderas y desiertos. El cultivo de amapola de la variedad *Papaver somniferum* y de la que se extrae la goma del opio, no sólo se encontraba bastante extendido entre el campesinado afgano probablemente desde los tiempos de Alejandro Magno cuando sus ejércitos la trajeron consigo en su travesía a India por sus propiedades farmacológicas y recreativas (Kritikos & Papadaki, 1967), mientras que en Pakistán ya operaba una de las redes más vigorosas de laboratorios de heroína del sur de Asia. Pero la CIA precisaba de fondos adicionales, más rutas de abastecimiento y más estupefacientes para reembolsarle a Moscú su propio Síndrome de Vietnam (Steele, 1998) y fue así cuando la industria de las drogas se convirtió en otra arma igualmente efectiva.

Considerada una plantación complementaria por sus cualidades psicotrópicas cuando se consume como *bhang* o infusión a base de almendras, leche y cerveza o su resistencia para prosperar a altitudes de 2,800 metros en el áspero clima afgano o como forraje y aceite, la adormidera se volvió el cultivo idóneo para intensificar la ofensiva encubierta de Washington contra las fuerzas soviéticas que también se propusieron erradicar sus sembradíos como parte de su estrategia de tierra quemada contra los *muyahedin* (Labrousse, 1993).

Según Tiberio Graziani de *Eurasia-Rivista di Studi Geopolitici*, el propósito era “abrir una brecha hacia Rusia, partiendo desde Afganistán y de las repúblicas centroasiáticas...es decir, una *herida* en la masa continental de Eurasia...Desde el punto de vista geopolítico, Afganistán es la manifiesta representación de una zona de crisis...” (Graziani, 2010); de ser así, entonces la primera “zona de crisis” se trazó en el Sudeste Asiático cuando la CIA planeaba sabotear el triunfo de la revolución comunista de Mao Zedong e impedir un efecto dominó sobre Birmania e Indochina, apoyándose en los supervivientes del bando nacionalista de Chiang Kai-Shek que se habían visto obligados a replegarse entre la provincia china de Yunnan y los elevados valles septentrionales del Estado Shan de Birmania, la actual Myanmar, luego de que Gran Bretaña y Francia favorecieron, tanto la producción como el tráfico de opio durante su tutelaje colonial:

“El golpe más serio para la economía del opio en el Sudeste Asiático se produjo en 1949, cuando el Ejército Popular de Liberación de China ganó la guerra civil y expulsó los últimos remanentes del ejército nacionalista de Chiang Kai-Shek fuera de la provincia de Yunnan. Yunnan siempre había estado demasiado lejos de los grandes centros urbanos de la costa como para abastecer cualquier significativo porcentaje de adictos chinos, y casi toda su vasta cosecha había sido contrabandeadada hacia el sur del Sudeste Asiático. Cuando el Ejército Popular de Liberación Nacional comenzó a patrullar la frontera [con



Birmania] a comienzos de los años 50 en previsión de un contraataque de las tropas nacionalistas chinas apoyadas por la CIA, la mayoría de las caravanas de opio fueron interceptadas.

Para mediados de 1950, los campesinos de la República Popular y los trabajadores del partido [comunista] habían introducido cultivos sustitutos, y cualquier posible filtración de opio del Sudeste Asiático había cesado. Una reciente investigación del Buró de Narcóticos de Estados Unidos ha mostrado que a finales de los años 1950 la región del Triángulo Dorado del Sudeste Asiático produjo aproximadamente setecientas toneladas de opio crudo, o el 50 por ciento de la producción mundial ilícita. Durante los inicios de los años 50, la CIA había respaldado la formación de una guerrilla nacionalista china en Birmania, que todavía controlaba casi la tercera parte del suministro de opio ilícito mundial, y en Laos la CIA había creado un ejército mercenario de la etnia meo cuyo comandante manufacturaba heroína para vendersele a los soldados norteamericanos en el sur de Vietnam.

El Departamento de Estado llegó proporcionar apoyo incondicional a gobiernos corruptos abiertamente comprometidos con el tráfico de drogas. A finales de 1969 había surgido un nuevo laboratorio de heroína en la zona fronteriza entre Birmania, Tailandia y Laos, y cantidades sin precedentes de heroína habían empezado a inundar el interior de los Estados Unidos.” (McCoy, 1972)

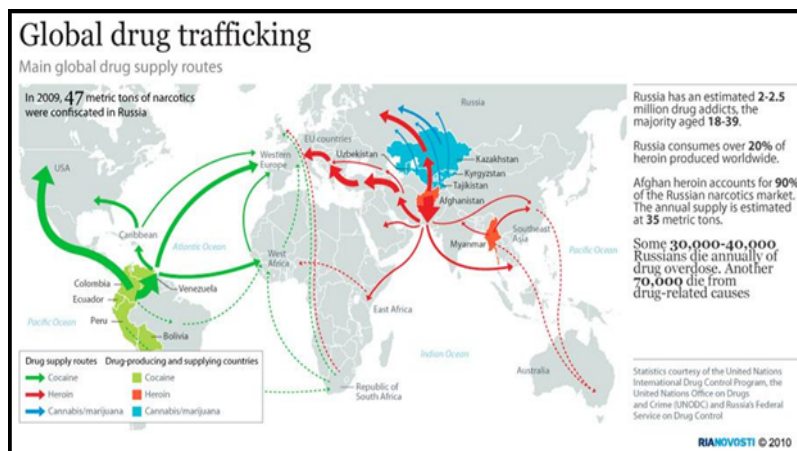
De esta manera, mientras la CIA contribuyó a edificar un lucrativo negocio transnacional catapultando los envíos de heroína del llamado Triángulo Dorado con potentes bimotores de carga Curtiss C-46 Commando y C-47 Skytrain, pistas clandestinas y ejércitos privados al amparo de los generales Phao Sriyanonda de la temida Policía Nacional de Tailandia y Tuan Shi-wen de las fuerzas anticomunistas chinas emplazadas en Birmania y Tailandia entre los años 50 y 70 (Labrousse, 1993); en Pakistán, el mismo Zbigniew Brzezinski se acercó al general Zia ul-Haq para comprometerlo en la cruzada contra los soviéticos, a sabiendas que “el Congreso de los Estados Unidos había suprimido con anterioridad las ayudas militares a Pakistán. Las referencias del general Zia en lo que a derechos humanos se refiere no eran buenas. Estaba construyendo una bomba nuclear y había fracasado en su intento de detener el tráfico de drogas.” (Steele, 1998)

Cómo develaría más tarde Charles Franklin Dunbar, Encargado de Negocios en Kabul por el Departamento de Estado norteamericano de 1982 a 1983: “...con respecto a Pakistán teníamos una dualidad de criterios, sabíamos que había grandes problemas con las drogas y también con las armas nucleares, pero estábamos preparados de muchas maneras para hacer oídos sordos a todo eso mientras la resistencia afgana tuviera el apoyo del gobierno pakistaní y eso fue lo que hicimos.” (Steele, 1998)

Como en el Sudeste Asiático, la CIA se apoyó en oficiales de alto rango locales corrompidos, esta vez del Ejército y del ISI pakistaníes para expandir las redes de producción y distribución de estupefacientes con camiones militares sellados de la *National Logistic Cell* que intercambiaban víveres, fusiles de asalto y



Stingers con los *muyahedin* a cambio de opio, heroína y hachís para su comercialización principalmente hacia Europa por el puerto de Karachi vía el Índico o vía terrestre a través de Turquía y los Balcanes, cimentando la Media Luna Dorada entre Irán, Afganistán y Pakistán, la versión islámica del Triángulo Dorado que también inundaría tanto el mercado soviético como el post-soviético a través del Cáucaso y las repúblicas centroasiáticas, multiplicando la incidencia de adictos de 175,000 en 1987 a 500,000 a finales de los 90; así como el número de crímenes violentos e incautaciones relacionados con el trasiego de opiáceos, encumbrando a la mafia rusa en el sistema bancario internacional que se valía de soldados en el frente afgano, agentes aduanales y del extinto Comité para la Seguridad del Estado, el KGB, para abastecerse de drogas, “lavar” dinero y comprar poder político (Labrousse, 1993; Cooley, 2002).



Infografía que muestra las capacidades del Triángulo Dorado y la Media Luna Dorada como potencias productoras y exportadoras de opiáceos, así como las repercusiones de la heroína afgana sobre la Federación Rusa durante el 2010, con un promedio de entre 2 y 2,5 millones de adictos y con un saldo estimado de entre 30,000 y 40,000 decesos anuales por sobredosis y 70,000 más relacionados con el tráfico y consumo de enervantes. Fuente: “La Estrategia de los EE.UU. en Eurasia y la Producción de Droga en Afganistán”, de Tiberio Graziani, *Página Transversal*, fechado el 11 de agosto de 2010, en <http://paginatransversal.wordpress.com>

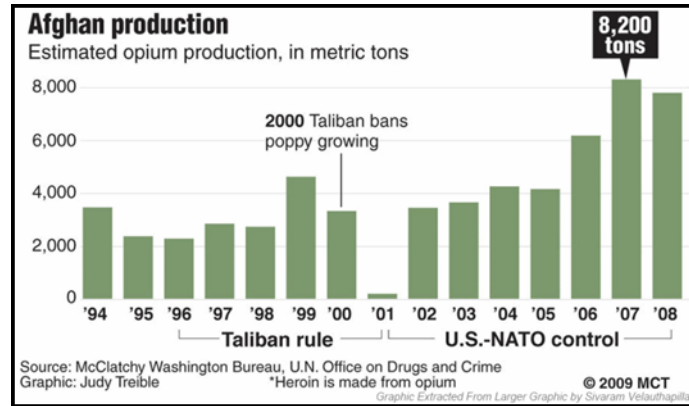
El historiador norteamericano, Alfred W. McCoy, por la Universidad de Wisconsin-Madison, ha sido pionero en documentar los orígenes y propósitos desestabilizadores de tales narco-enclaves, ya sea para contener el comunismo financiando operaciones encubiertas, justificar intervenciones militares y/o potencializando redes y empresas criminales de abastecimiento, violencia y “blanqueo” (McCoy, 1972). Ya en 1979, un informe de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado titulado *Pakistan's Short-Term Prospects*, alertaba al entonces presidente Jimmy Carter sobre los eventuales costes que implicaría sostener una alianza aviesa con el régimen de Zia ul-Haq –inclusive para los zares antidrogas de la *Drug Enforcement Administration*, la DEA–, a cambio de frenar a los soviéticos en Afganistán:



“Otro problema para las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán es la expansión sin freno del cultivo de la amapola del opio en las áreas tribales de Pakistán que bordean la frontera afgana. La producción pakistaní probablemente alcanzará las cuatrocientas toneladas del año pasado. Combinada con la producción del vecino Afganistán, el total sobrepasa al del ‘Triángulo de Oro’ (la inaccesible meseta de Shan que va del nordeste de Birmania hasta Tailandia, Laos y China), y la capacidad pakistaní para el refinado se está volviendo cada vez más sofisticada. Las órdenes judiciales pakistaníes, que nunca fueron demasiado eficaces en las áreas tribales, son ahora aún más inoperantes para controlar la producción y contrabando de opio debido a la rebelión el lado afgano de la frontera. Además, la ordenanza islámica introducida en febrero que prohíbe todos los productos tóxicos, llevó al caos al aparato de control de narcóticos al eliminar mecanismos de imposición existentes sin introducir otros nuevos.” (Cooley, 2002)

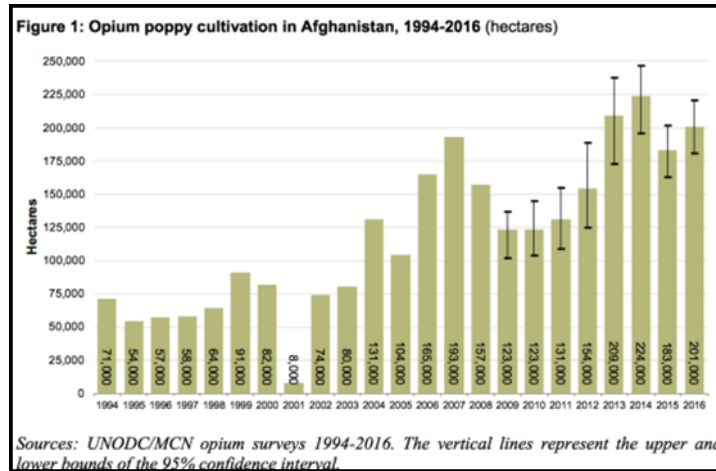
Curiosamente, fue otra ordenanza islámica la que casi erradicó la “economía del opio” en Afganistán, cuando el 27 de julio del 2000 el *mullah* Muhammad Omar en su calidad de emir y jefe de Estado, proscribió su cultivo tras el triunfo talibán sobre las demás facciones combatientes a fines de 1996. La Oficina de Naciones Unidas de Fiscalización de Drogas y de Prevención del Delito (UNODCCP) reconoció en el 2001 que pese a que la siembra de adormidera era una “estrategia de subsistencia de bajo riesgo” ante la “ausencia de otras actividades generadoras de ingresos”, así como una importante “fuente de crédito” para el campesinado “sin tierra”, es decir, una tercera parte de la población afgana: “...se había llevado a cabo una reducción muy importante de la superficie de cultivo en Helmand y Nangarhar, así como los principales distritos de cultivo de opio de las provincias de Oruzgan, Kandahar, Farah, Laghman, y Kunar. Esas zonas, que estaban incluidas en la evaluación preliminar, representaban el 86% de la superficie total de cultivo en Afganistán en el año 2000.” (UNODCCP, 2001) Tal como vaticinó un comandante *muyahedin* oriundo de Helmand –la provincia más prolífica de amapola– cuando aún se buscaba expulsar a los invasores soviéticos:

“Cuando consigamos establecer un Estado islámico quedará prohibido a los campesinos sembrar adormidera o cannabis. Si lo permitimos actualmente es porque necesitamos dinero para financiar la guerra santa. Está claro que los partidos entregan poco dinero a los *muyahedin*, quienes tienen que cultivar adormidera para comprar kalashnikovs. El pueblo no está en condición de ayudarnos, pues apenas tiene recursos para comprar alimentos. Cultivar trigo es complicado y se lleva meses, sin contar con que en cualquier momento pueden llegar los rusos y quemar la cosecha. Es más fácil sembrar adormidera.” (Labrousse, 1993)



Gráfica que revela la sorpresiva reducción del cultivo de amapola por parte del entonces Emirato Islámico de Afganistán en el 2001. Fuente: “The Largest Drug Deal in Human History”, *The Noise Mouse*, fechado el 13 de agosto de 2017, en <http://thenoisemouse.com> Según Michel Chossudovsky, fundador del centro *Global Research*, le granjearía la felicitación de la Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (UNODC) en plena sesión de la Asamblea General de la ONU en octubre de ese mismo año. Una distinción nunca alcanzada por un Estado integrante de la UNODC.

No obstante, tras los atentados terroristas del 11/S que desembocaron en la Operación Libertad Duradera y en el consecuente derrocamiento del Emirato Islámico de Afganistán por parte de las fuerzas de Estados Unidos y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, –la OTAN–, por su negativa a entregar a Osama Bin Laden y a otros dirigentes de Al-Qaeda a la justicia norteamericana, la misma dependencia de la ONU ahora conocida solo como Oficina de las Naciones Unidas Contra las Drogas y el Delito (UNODC) observó que tras ocho años de ocupación noratlántica que: “La producción afgana ha superado en gran parte la demanda mundial estimada para los últimos años, dando como resultado una gran cantidad de existencias (2,600 toneladas en 2009). Las reservas de opio y morfina (y en menor medida, de la heroína morena pura) acumuladas en el Afganistán y a lo largo de las principales rutas de tráfico durante el período 2005-2009 alcanzan la suma de entre 10,000 y 12,000 toneladas (equivalente al opio). Aunque la heroína procedente de Afganistán solo se transporta directamente a la República Islámica de Irán, al Pakistán y a Asia Central, se exporta desde allí al resto del mundo. En 2009, la UNODC calculó que 150 toneladas de heroína del Afganistán llegaron a Europa, 120 toneladas a Asia y 45 toneladas a África... En Afganistán, el centro de fabricación de heroína a nivel mundial, tiene aproximadamente entre 300 y 500 laboratorios con una producción que se sitúa entre las 380 y 400 toneladas de heroína al año.” (UNODC, 2011)



Gráfica que refiere las diversas variaciones ascendentes con respecto al número de hectáreas dedicadas a la siembra de adormidera del 2002 al 2016, tras el derrocamiento de los talibán a finales del 2001. Fuente: “The Largest Drug Deal in Human History”, *The Noisy Mouse*, fechado el 13 de agosto de 2017, en <http://thenoisymouse.com> Desde entonces, las fuerzas combinadas de Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, no han sabido superar, o siquiera igualar, la hazaña del emir Omar en más de 15 años de ocupación.

En el 2015, el campo afgano experimentó un repunte de 3,300 toneladas de opio y en el 2016 aumentó a 4,800 toneladas, es decir, pasó de 18,3 kilogramos por hectárea a 23,8 en un solo año de un total de 201,000 hectáreas con una ganancia global de 0.9 billones de dólares, el equivalente al 5% del Producto Interno Bruto de Afganistán (UNODC, 2016). Aunque los últimos informes de la UNODC atribuyen tales incrementos a variables socio-económicas, climáticas o al rebrote de la violencia talibán ahora convertida en insurgencia, en palabras del economista canadiense, Michel Chossudovsky, director del *Centre for Research Globalization*; aparentemente, la “campaña contra el terrorismo” emprendida por la Administración Bush-hijo –y parafraseando a Clausewitz– no es más una continuación de las guerras del opio por otros medios, cuyo *casus belli* por cierto, fue un edicto de 1838 del emperador manchú Daoguang que prohibía, so pena de muerte, la “propagación del veneno en todas las provincias” por parte de los “comerciantes bárbaros” que entonces inundaban el mercado chino con cerca de 40,000 cofres llenos de droga. Tal como lo hiciese la *British East India Company* en el siglo XIX contra el decreto “celestial” del emperador que reanudó sus envíos de narcóticos a base de cañonazos, arrebatándole Hong Kong (Vallar, 2014); en Afganistán, Chossudovsky sostiene que la “exitosa” erradicación de adormidera decretado por el emir Omar en el 2000, le pasó factura al régimen talibán:

“Los titulares son ‘Drogas, señores de la guerra e inseguridad eclipsan el camino de Afganistán hacia la democracia’. A coro, los medios estadounidenses acusan al difunto ‘régimen islámico de línea dura’, sin siquiera reconocer que los talibán, en colaboración con las Naciones Unidas, impusieron una prohibición



exitosa al cultivo de adormidera en el año 2000. La producción de opio disminuyó en más de 90 por ciento en el 2001. De hecho, el aumento en la producción de cultivos de opio coincidió con el ataque de la operación militar dirigida por Estados Unidos y la caída del régimen talibán. Desde octubre hasta diciembre de 2001, los campesinos comenzaron a replantar amapola en forma extensiva.

El éxito del programa de erradicación de drogas en Afganistán en el 2000 bajo los talibán fue reconocido en la sesión de octubre de 2001 de la Asamblea General de la ONU (que tuvo lugar apenas unos días después del inicio de los bombardeos de 2001). Ningún otro país miembro de la UNODC pudo implantar un programa comparable... A raíz de la invasión, hubo un cambio en la retórica. La UNODC ahora actúa como si la prohibición del opio del 2000 nunca hubiera sucedido... De hecho, tanto Washington como la UNODC ahora afirman que el objetivo de los talibán en el 2000 no era realmente 'erradicar la droga' sino un esquema tortuoso para desencadenar 'un déficit artificial en la oferta', lo que elevaría los precios mundiales de la heroína. Irónicamente, esta lógica retorcida, que ahora forma parte de un 'nuevo consenso de la ONU', es refutada por un informe de la oficina de la UNODC en Pakistán, que confirmó, en ese momento, que no había evidencia de almacenamiento por parte de los talibán... La prohibición de los talibán de hecho causó 'el comienzo de una escasez de heroína en Europa a fines de 2001', como reconoció la UNODC." (Chossudovsky, 2005)

Cómo en los tiempos de la *British East India Company* y sus narco-enclaves agrícolas y financieras en Asia, Chossudovsky deduce que actualmente:

"La economía afgana de narcóticos era un proyecto cuidadosamente diseñado por la CIA, respaldado por la política exterior de los Estados Unidos. Como se revela en los escándalos Irán-contras y del *Bank of Commerce and Credit International* (BCCI), las operaciones encubiertas de la CIA en apoyo a los *muyahedin* afganos se habían financiado a través del lavado de dinero de la droga... El papel de la CIA, que está ampliamente documentado, no se menciona en las publicaciones oficiales de la UNODC, que se centran en factores sociales y políticos internos. Huelga decir, que las raíces históricas del comercio de opio han sido groseramente distorsionadas... El comercio afgano de opiáceos constituye una gran parte de la facturación anual mundial de estupefacientes, que según las Naciones Unidas fue del orden de 400 a 500 mil millones de dólares.

En el momento que estas cifras de la ONU se publicaron por primera vez (1994), el comercio mundial (estimado) de drogas era del mismo orden de magnitud que el comercio mundial de petróleo. El FMI calculó que el lavado de dinero global está entre 590 mil millones y 1,5 billones de dólares al año, lo que representa el 2-5 por ciento del PIB mundial... Existen poderosos intereses comerciales y financieros detrás de los narcóticos. Desde este punto de vista, el control geopolítico y militar sobre las rutas de la droga es tan estratégico como el del petróleo y los oleoductos. Sin embargo, lo que distingue a los narcóticos del



comercio legal de productos básicos es que los narcóticos constituyen una importante fuente de formación de riqueza no sólo para el crimen organizado sino también para el aparato de inteligencia estadounidense, que cada vez más se constituye en un actor poderoso en las esferas financiera y bancaria...En otras palabras, las agencias de inteligencia y los poderosos sindicatos de negocios aliados con el crimen organizado compiten por el control estratégico de las rutas de la heroína..." (Chossudovsky, 2005)

Cómo observó Jean-François Gayraud, del Instituto de Estudios Políticos de París, las componendas entre crimen organizado y aparatos de inteligencia, en ocasiones han probado ser exitosas y altamente redituables. Gracias al "efecto oportunidad" por ejemplo, la antecesora de la CIA, la *Office of Strategic Services*, la OSS y la Oficina de Inteligencia Naval, pactaron con Charles "Lucky" Luciano y *Boss* Don Calogero Vizzini, tanto para garantizar la invasión aliada de Sicilia en 1943 como para apuntalar "una Administración mafiosa" que reemplazase las alcaldías pro-fascistas en Italia. De igual modo, la OSS reclutó golpeadores corsos para impedir que los sindicatos comunistas franceses se hiciesen del control del puerto de Marsella con actos de sabotaje o huelgas. O el G-2, la inteligencia militar estadounidense, que "se apoyó en los *yakuza* por razones de orden público y de lucha contra el peligro comunista" bajo el mandato del general Douglas MacArthur en Japón entre 1945 y 1952 (Gayraud, 2007; McCoy, 1972).

Y no debe olvidarse que aún cuando el desembarco de la "brigada mercenaria" a Bahía de Cochinos en 1961 fracasó en su intento de derrocar la Revolución Cubana, aún así la Agencia Central de Inteligencia suministró a los *capos* Sam Giancana, John Rosselli y Santo Trafficante Jr. un "arsenal sofisticado" digno de Ian Fleming –que iba desde "fusiles con mira telescópica", "explosivos" y hasta "pistolas con silenciador y balas microscópicas envenenadas"– a fin deshacerse de la cúpula castrista a cambio de recobrar sus hoteles, casinos, burdeles y "expendios de drogas" y restablecer el "Montecarlo del Caribe" cómo habían visualizado "Lucky" Luciano y Meyer Lansky en los tiempos del general Fulgencio Batista. Tan solo el Habana Riviera, el Deauville, el Comodoro, el Capri, el Montmartre Club y el Sans Souci, entre otros inmuebles célebres, pertenecían a Lansky –el cerebro financiero de la *Cosa Nostra*– antes de ser expropiados por el comandante Fidel Castro. Lansky soñaba con consolidar en la capital isleña "una corporación del juego, la prostitución y la droga con 50 hoteles-casino a lo largo del litoral norte, hasta el balneario de Varadero." Abatido, le confiaría a su guardaespaldas, Armando Jaime Casielles, antes de partir en abril de 1959: "My sonny boy, aquí no hay nada que hacer, esto es comunismo. Los negocios se han terminado..." (Buajasán Marrawi y Méndez Méndez, 2003; Steinsleger, 2003; Bhatia, 2015; Tomás González, 2005)



El Hotel Nacional de Cuba. Fuente: www.radiohc.cu Invitados por “Lucky” Luciano y Meyer Lansky, el 22 de diciembre de 1946 se congregaron en el emblemático edificio y entonces residencia de Lansky, los jefes y operadores de las familias de Nueva York, Chicago, Buffalo, Nueva Orleans y Tampa como Frank Costello, Albert Anastasia, Joseph Bonanno, Vito Genovese, los hermanos Charlie y Rocco Fischetti, Sam Giancana, Carlos Marcello y Santo Trafficante Jr., entre otros. Amenizado por Frank Sinatra y bailarinas del Tropicana y el Sans Souci en la sala Casino Parisián, los delegados acordaron la eliminación de Benjamin “Bugsy” Siegel y la expansión del negocio de las drogas con el Caribe como importante centro de distribución. Hasta el triunfo de la revolución en enero de 1959, La Habana era un próspero enclave mafioso que eclipsaba a Las Vegas en vicio y corrupción (ABC Internacional, 2016; Lam, 2016).

Ni que decir de las sólidas sospechas que pesan sobre la CIA y la mafia italo-americana sobre su probable responsabilidad en el magnicidio del presidente norteamericano John F. Kennedy el 22 de noviembre de 1963, cuando dos días después del incidente, Jacob Leon Rubinstein, mejor conocido como Jack Ruby, asesinó al ex *marine* Lee Harvey Oswald –el “único” tirador según la Comisión Warren– mientras era custodiado por la policía de Dallas. Más tarde se sabría que Rubinstein había sido uno de los hombres de confianza de Santo Trafficante Jr. en Cuba y con quién también estaba en deuda por sus pleitos legales con el Gremio Americano de Artistas de Variedades o AGVA a causa de su extenso currículum de incumplimientos contractuales como empresario cabaretero. Trafficante era el administrador de los casinos del Sans Souci y el Tropicana, antaño propiedad de Meyer Lansky (Armstrong, 2003; Posner, 2016; Tomás González, 2005).

En el caso de Afganistán, la CIA incentivó a los traficantes de heroína y hachís para evitar que la URSS consolidase otro bastión marxista en Asia Central: “En ocasiones, cuando un Estado se siente atacado por un enemigo amenazante, cae en la tentación de jugar a *aprendiz de brujo* e invoca la ayuda de una mafia. Así, las democracias se han prestado a veces a *alianzas oscuras e inconfesables* en su lucha contra los totalitarismos del siglo XX, el comunismo y el nazismo.” (Gayraud, 2007) En este sentido, Washington evadía sus implicaciones directas reclutando y fomentando organizaciones y actividades criminales locales



para que hiciesen el “trabajo sucio” contra dichos totalitarismos, que con frecuencia, tampoco simpatizaban demasiado con las mafias.

Aunque Gayraud considera tales arreglos como “*contra natura*” debido a que: “Por miopía o por ceguera voluntaria, el Estado siempre escoge resolver el problema más urgente, y, sobre todo, el más visible...superado las amenazas totalitarias...las mafias encuentran un *vacío en la represión* que saben aprovechar...[ya sea en respuesta] a una voluntad política de complacer a las mafias en agradecimiento por los servicios prestados (*las alianzas peligrosas*), o a un aparato estatal en avanzado estado de corrupción (*el anclaje político*)...” (Gayraud, 2007); a decir verdad, el gangsterismo en sí, mantiene aceitada la maquinaria capitalista. Como ponderó Pascual Serrano a propósito de la exitosa novela *Gomorra* de Roberto Saviano, un retrato descarnado de la Camorra napolitana:

“...leyendo los métodos de trabajo de esa organización criminal, sus principios, sus objetivos y su ausencia de escrúpulos se descubre que la Camorra es el fiel reflejo del neoliberalismo y la globalización. Se trata de la mejor organización que ha entendido cómo funciona la economía capitalista y qué estrategias debe adoptar para desenvolverse en ella. El resultado –cuenta Saviano– es que la Camorra ‘ha terminado alimentando el mercado internacional de la confección, el enorme archipiélago de la elegancia italiana’. Explotación laboral con salarios de miseria, deslocalización de empresas de producción hacia los lugares menos controlados por el Estado, evasión fiscal... En dos palabras: el paraíso neoliberal... En el puerto de Nápoles transitan ciento cincuenta mil contenedores: las prendas que vestirán los niños parisinos durante un mes, las varitas de pescado que comerán Brescia durante un año, los relojes que ceñirán las muñecas de los catalanes, las sedas de todos los vestidos ingleses de una temporada. 1,600.000 toneladas procedentes de China. Según la agencia de Aduanas italiana, en ese puerto el 60 por ciento de la mercancía escapa a las inspecciones. Todo bajo el poder de la Camorra. Los aranceles, el IVA y la carga máxima de los camiones son lastres para el beneficio...Todo ello debe ser burlado por la Camorra. Es el nirvana de la globalización, el sueño de Friedrich Hayek. El Sistema –término con el que denominan a la Camorra– asfixia al pequeño empresario para lograr acabar con la competencia y que termine trabajando para ellos...” (Serrano, 2017)

Así: “*El Sistema* es parte del sistema” (Porta Fouz, 2009). Analizando la poderosa *British East India Company*, William Dalrymple identifica los rasgos predatorios que más tarde definirán el comportamiento de las multinacionales modernas y que recuerdan el *modus operandi* de las mafias: “fue un modelo de eficiencia corporativa”, “un imperio dentro de un imperio” –qué en un “acto supremo de violencia empresarial” por ejemplo– se hizo del subcontinente indio con la contribución del corsario William Hawkins como “primer comandante” de la compañía en 1608 o del “sociópata inestable”, lord Robert Clive, que para 1769 había exprimido y devastado Bengala como gobernador, tras conjurar la amenaza francesa sobre



India con un ejército privado que para 1803 superaba “el doble del tamaño del ejército británico” y con “más potencia de fuego que cualquier estado nacional en Asia”, convirtiendo a la compañía en “un poder colonial agresivo” que recaudaba impuestos excesivos, condenaba a millones de campesinos a fenecer de hambre al forzarlos a la agricultura de exportación y que compraba “influencia parlamentaria” en aras de preservar su ingente monopolio agrícola, que abastecía por igual narcóticos y té indios desde Shanghai hasta Massachusetts, preludiando el *Boston Tea Party* de 1773 y las Guerras del Opio de 1839-1842 y 1856-1860 (Dalrymple, 2015).



“Shah ‘Alam, Mughal Emperor (1709-1806), Conveying the Grant of the Diwani to Lord Clive, August 1765”, de Benjamin West (1818). Fuente: <http://commons.wikimedia.org> El lienzo representa la firma del Tratado de Allahabad de 1765 que transfería a Robert Clive, el CEO de la *British East India Company*, la potestad para recabar impuestos sobre Bengala, Bihar y Orissa por parte del emperador mogol, Shah Alam. Para 1770, dicho derecho de nombre *Diwani*, le confería a una “empresa privada peligrosamente no regulada” recursos exorbitantes calculados en más de un millón de libras esterlinas al año, mientras Londres sufragaba los gastos de la *Royal Navy* y las fuerzas expedicionarias. Clive igualmente se aseguró la lealtad del emperador en caso de entablar una guerra con la *Compagnie des Indes* –su contraparte francesa- por la suma de 260,000 libras anuales (Dalrymple, 2105; Pouchepadass, 2005).

La *British East India Company* no sólo fue el prototipo de la corporación multinacional, también fue la primera entidad privada socorrida con dinero público: el rescate corrió por cuenta del *Bank of England* en 1773 para salvar a los accionistas y al imperio británico. El “saqueo corporativo” del tesoro de Bengala y la hambruna de 1769-1773 que se cobró la vida de 10 millones de campesinos que habían sido obligados a abandonar sus cultivos de subsistencia para dedicarse a la siembra de adormidera a gran escala con destino a China, provocaron un pánico bursátil que cimbró a la Corona, arrastró a la quiebra a 30 bancos europeos y contrajo gravemente el comercio de ultramar. En el 2008, una debacle similar sacudió al mundo cuando se produjo la ruina del conglomerado Lehman Brothers Holdings Inc. a causa de otra burbuja, esta vez hipotecaria que contagió los mercados financieros. Como la *British East India Company*, Lehman Brothers era otro emporio *privado peligrosamente no regulado* (Dalrymple, 2015; Pouchepadass, 2005).



Y durante la Prohibición (1920-1933), Alphonse Capone se volvió un ejemplo de emprendedor oportunista cuando hizo de Chicago una “ciudad abierta” al alcohol, las apuestas y la prostitución, [obedeciendo] “...a la ley todopoderosa de la oferta y la demanda. Se tomó trágicamente en serio la lucha por la competencia. Creyó de todo corazón en el libre juego de fuerzas. Lo que es bueno para los negocios, es bueno para América...El secreto del éxito estaba en la calle, entre algunos cadáveres...” y “...sus asambleas [eran] tan secretas como las de una sociedad *holding*, su disciplina [era] tan severa como la de las más importantes firmas petrolíferas, y merece el nombre de una conjura tan poco, o tanto, como cualquiera de los convenios corrientes contra la legislación anti-*trust*.” (Enzensberger, 2010)

Tanto la *British East India Company* como Alphonse Capone se volvieron arquetipos del capitalismo más rampante: autoritario, corrupto, expansivo, monopólico y parasitario, sin ataduras ni miramientos. Operaron subordinando el poder político a sus intereses, gobernaron sus respectivos feudos con mano firme y eficiente, se deshicieron de sus rivales y recurrieron a la intimidación o a la compra de votos y voluntades para obtener favores económicos o aventajar a sus competidores; y sin embargo, sus métodos no figuran en los manuales universitarios de emprendimiento. Según admite Gayraud: “...la imagen de la mafia-empresa tiene un valor explicativo limitado. El concepto de mafia como *empresa de bienes ilegales* tiene menos sentido que el de mafia como *empresa violenta de bienes legales*, el cual es, además bastante más inquietante. La inversión masiva de las ganancias ilegales en los mercados legales ha provocado el nacimiento de dos fenómenos: la creación de empresas mafiosas legales y la gestión de actividades mafiosas, legales e ilegales...” (Gayraud, 2007)

De hecho, en Europa Occidental, el modo de producción capitalista tuvo un alumbramiento violento que le tomó demasiadas escalas. Se abrió camino al estilo Capone. Desplazó al *Ancien Régime* a sangre y fuego literalmente. En su obra *Das Kapital* (1867), Karl Marx designó este proceso como la “acumulación originaria” o primitiva del capital:

“El régimen feudal, en el campo, y en la ciudad, el régimen gremial impedían al *dinero capitalizado* en la usura y en el comercio *convertirse en capital industrial*. Estas barreras desaparecieron con el licenciamiento de las huestes feudales y con la expropiación y desahucio parciales de la población campesina. Las nuevas manufacturas habían sido construidas en los puertos marítimos de exportación o en lugares del campo alejados del control de las ciudades antiguas y de su régimen gremial. De aquí que la lucha rabiosa entablada en Inglaterra contra las *corporate towns* y los nuevos viveros industriales. El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: todos son hechos que señalan los albores de la era de la producción capitalista.



Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria*. Tras ellos, pisando las huellas, viene la *guerra comercial* de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero. Rompe el fuego con el alzamiento de los Países Bajos, sacudiendo el yugo de la denominación española, cobra proporciones gigantescas en Inglaterra con la guerra antijacobina, sigue ventilándose en China, en las guerras del opio, etcétera. Las diversas etapas de la *acumulación originaria* tienen su centro, en un orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra, donde a fines del siglo XVII se resumen y sintetizan sistemáticamente en el *sistema colonial*, el *sistema de la deuda pública*, el *moderno sistema tributario* y el *sistema proteccionista*. En parte, estos métodos se basan, como ocurre en el sistema colonial, en la más avasalladora de las fuerzas... La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva. Es ella misma una potencia económica.” (Marx, 1867)

En resumidas cuentas, la violencia es *inherente* al capitalismo y las mafias como fenómeno criminal han jugado un papel complementario en sus estrategias de expansión como “imperios invisibles” (Gayraud, 2007). La mafia es un poderoso catalizador por derecho propio y no “...un Frankenstein que se escapó por la puerta sin que los científicos se dieran cuenta...”, como afirma Misha Glenny (Glenny, 2008). Por ende, no existe ninguna incompatibilidad genética entre crimen organizado y potencias capitalistas. Las mafias han probado ser aliados útiles para sus servicios de inteligencia e indistintamente han fungido como avanzadilla, garantes y retaguardia de los grandes capitales transnacionales.

El mismo conde de Marenches, en su calidad de director del *Service du Documentation Extérieure et de Contre-Espionnage* francés, el SDECE, le propuso al presidente Ronald Reagan en 1981 -como parte de “una empresa común franco-americana”- inundar Afganistán con estupefacientes decomisados por la DEA, la Guardia Costera y la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza, pues según infirió: “Si no está en situación de matar al oso...[puede] soltar un mosquito para hacerle la vida imposible...” Marenches le planteó a Reagan frente al entonces director de la CIA, William Casey, una fórmula ya probada en Indochina: “Coja toda esa droga confiscada y haga lo que hizo el *Vietcong* con el ejército de Estados Unidos en Vietnam. Úselas para abastecer a hurtadillas a los soldados rusos.” (Cooley, 2002)

Aunque la *Opération Moustique* no despegó del todo a causa de la profunda desconfianza que le tenía Marenches a los agentes de la CIA por sus continuas filtraciones a la prensa y porque se valían demasiado de las credenciales y legaciones diplomáticas para desplazarse y montar sus operaciones encubiertas, son bastante visibles espetó, a final de cuentas: “Mientras la Agencia Antidroga (DEA) y otros departamentos gastaban miles de millones de dólares en frenar la avalancha de narcóticos procedentes del sur de Asia, la CIA y sus socios hacían la vista gorda o la fomentaban activamente...Simple y llanamente, la mano izquierda no sabía lo que hacía la mano derecha (o cuando lo sabía, no podía controlarlo).” (Cooley, 2002)



En efecto, tanto la Agencia de Seguridad Nacional como la Agencia Central de Inteligencia, no sólo invocaron al “genio del yihad” subvencionando y atizando el terrorismo internacional para vencer y expulsar a los soviéticos de Afganistán con la participación de inversionistas tan devotos como el magnate de la construcción, Osama Bin Laden (Cooley, 2002); gracias al tráfico de opiáceos y otras drogas ilícitas procedentes de la Media Luna Dorada, también consiguieron implantar en el seno de la misma URSS, la simiente del capitalismo más “anárquico”, una versión post-soviética del Lejano Oeste, “el salvaje Este”, cuando cerca de 9,000 bandas y organizaciones criminales, *vorv-zakonye* o *krysha*, acudieron al relevo del KGB y del Ministerio del Interior (MVD) y se volvieron prósperos *gruppировки* o “fuerzas de orden privatizadas” junto con veteranos de Afganistán y ex agentes de seguridad que vendían protección al mejor postor. Constituyeron el brazo armado de una floreciente oligarquía de ex funcionarios, empresarios y mafiosos que se enriquecieron tras las reformas económicas promovidas entre 1987 y 1989 por Mijaíl Gorbachov como último dirigente soviético y, entre 1991 y 1996, por Boris Yeltsin como primer presidente ruso. Al parecer, se volvieron “...indispensables para la transición del comunismo al capitalismo...” (Glenny, 2008; McKay y Elliot, 1996)

Siguiendo la secuencia de destrucción sistémica que documentó Karl Marx, una versión más contemporánea de acumulación originaria también sacudió a la URSS justo durante su ocaso, cuando una “élite dolarizada” o “cleptocracia” se apresuró a saquear los recursos y activos del Estado en medio de una vorágine de privatizaciones y liberalizaciones en los precios, al tiempo que: “Muchos de los logros del sistema soviético en salud, educación, cultura y las artes (ampliamente reconocidos por especialistas occidentales) quedaron destruidos.” Se trataba de una oligarquía que accedía impunemente a las riquezas energéticas y minerales o “recursos primarios”- que monopolizaba el Estado a precios de la era socialista, que en ocasiones, le granjeaba una ganancia 40 veces superior en los mercados internacionales con un mínimo de mediación estatal o libre de ella, mientras amplios sectores de la población contemplaban impotentes la pulverización de sus salarios, ahorros y pensiones, cortesía de los “programas de estabilización” que promovían la “dolarización de los precios internos y el desplome de la moneda nacional.” (Chossudovsky, 2002)

Estos vestigios de la vieja *nomenklatura* comunista, ahora convertidos en *biznesmany* no tenían ningún reparo en lucrar con gas, petróleo, vodka importado, caviar, diamantes, estupefacientes, armas y prostitutas, todo bajo la aquiescencia de las instancias crediticias globales, que acudieron al rescate de Moscú a través de préstamos ruinosos, incentivando la fuga de capitales a cuentas suizas o de Nauru. Aunque en el fondo, la URSS ejerció un capitalismo de Estado, el “tratamiento de choque” del FMI-Banco Mundial nunca se propuso consolidar “un capitalismo de mercado ni una socialdemocracia al estilo occidental, sino neutralizar al ex enemigo e impedir el desarrollo de Rusia como gran potencia capitalista.”



No debe extrañarnos que en este ambiente de precariedad financiera, zozobra, criminalidad a la alza, brotes separatistas y revanchismos étnicos, haya emergido la figura de Vladimir Putin para amortiguar la embestida neoliberal que buscaba la “tercermundización” de la ahora Federación Rusa (Glenny, 2008; Chossudovsky, 2002).



Imagen promocional del exclusivo club Night Flight en la concurrida calle de Tverskaya, en Moscú. Fuente: “Night Flight”, en www.local-life.com Fundado en octubre de 1991 en lo que antes era una heladería de la cadena estatal Tver, con guardias privados fuertemente armados y *strippers* “en venta”, fue el primer establecimiento en su tipo que nació de una disposición soviética que autorizaba la constitución de empresas conjuntas entre inversionistas extranjeros y rusos. En 1994 había solo 10 clubs nocturnos y tres años más tarde la cifra había aumentado a 300. Mientras en 1997 la revista *Forbes* celebraba que: “Seis de las 500 personas más ricas del mundo” eran rusas y residían en Moscú y se medía la vitalidad de su economía con las ventas de champaña que facturaban los 9,2 millones de dólares, las 696,000 hamburguesas Big Macs consumidas y la cotización del gramo de heroína a 100 dólares, tan solo en los primeros siete meses de 1996 se contabilizaron 952 homicidios relacionados con el crimen organizado, así como 56 “ataques de bandas” y 1,2 millones de arrestos por no contar con “permisos de residencia” al concluir el año. Cuando el semanario *Newsweek* rotuló en su portada del 3 de septiembre de 1997: “Moscú Ahora. La Próxima Ciudad de Clase Mundial: Rica, Decadente, Peligrosa y Divertida”, bien pudo haber dedicado el mismo encabezado a la ciudad de Chicago en los años 20 o a La Habana en los años 50, pues al cierre de la edición llevaba 852 ejecutados entre balaceras y carros-bomba (Loziskaya, 2016; Powell y Matthews. 1997).

Oriundo de San Petersburgo, egresado de la Escuela de Contrainteligencia de Minsk y ex oficial de operaciones del KGB comisionado en la República Democrática Alemana, el presidente Putin inició un ambicioso proceso de “*KGBización*” tendiente a revertir la desastrosa gestión de Boris Yeltsin fusionando las diversas agencias de inteligencia con el Estado, ya sea para combatir las “redes ilícitas”, la “delincuencia organizada”, el “terrorismo” y “tráfico de drogas” (Pulido Gragera, 2010), acechar a la oposición e instaurar en Rusia un “autoritarismo de mercado” (Glenny, 2008) en un intento por recomponer la rectoría estatal en los sectores estratégicos tras la terapia de choque fondomonetarista, así como de recobrar la otrora esfera de influencia moscovita en el espacio ex soviético frente a la amenaza latente del



integrismo islámico o ante la ampliación del binomio OTAN-Unión Europea luego del vacío dejado por la desaparición de sus contrapartes socialistas: el Pacto de Varsovia y el Consejo de Ayuda Mutua Económica, el COMECON, en 1991. No en balde, el propio Vladimir Putin calificó la implosión soviética como la “catástrofe geopolítica más grande del siglo XX.” (Tisdall, 2005)



“US Soldiers Guarding Afghan Poppy Fields”, de Hnzosan, fechado el 4 de febrero de 2014, en <http://imgur.com>

Zbigniew Brzezinski, el catedrático de Harvard de ascendencia polaca que se propuso derrotar a la URSS con la ayuda de extremistas musulmanes y traficantes de opiáceos como consejero de Seguridad Nacional –o *consigliere* si se prefiere- durante la Administración Carter, y que recientemente falleció el pasado 26 de mayo de 2017 en Falls Church, Virginia, puede regocijarse en su tumba. Sus diligencias superaron en mucho a las del barón Max von Oppenheim y su Buró de Inteligencia para Oriente: hizo de Afganistán un campamento de verano para terroristas y una postal digna de Oz con sus interminables campos de adormideras...y también hirió de muerte al imperio soviético, la cuna del bolchevismo y enemigo declarado del islamismo y el crimen organizado.



Fuentes Consultadas:

- ABC Internacional, “Meyer Lansky, el Gangster Judío que Encumbró a la Mafia y al Implacable Lucky Luciano”, actualizado el 23 de mayo de 2016, en www.abe.es
- Abushouk, Ahmed Ibrahim, “La Rebelión Mahdista”, en *Desperta Ferro. Historia Militar y Política del Mundo Moderno, Siglos XVI-XIX*, No. 23, “Jartum”, Agosto-Septiembre 2016, Ediciones SLNE, Madrid, pp.12-16.
- Abuza, Zachary, *Balik-Terrorism: The Return of the Abu Sayyaf*, The Strategic Studies Institute (SSI), U.S. Army College, Carlisle, Pennsylvania, September 2005, en <http://ssi.armywarcollege.edu>
- Antal, Edit, *Crónica de una Desintegración*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F., 1994.
- Armstrong, John, *Harvey & Lee. How the CIA Framed Oswald*, Quasar, Ltd., Arlington, Texas, 2003.
- Bartoll Ríus, Abdullah, “¿Mahoma o Muhammad?”, fechado el 11/06/2006, en www.webislam.com
- Bhatia, Shekar, “EXCLUSIVE Give us back the empire built on mob blood money: Mobster Meyer Lansky’s family tell of fight to get his Havana hotel and casino back from Castro’s clutches after Obama’s end to embargo”, *Daily Mail*, fechado el 23 de diciembre de 2015, en www.dailymail.co.uk
- Ben-Abderrahman, Anuar, “Salafismo, Imperialismo, Terrorismo, Historia de una Relación”, fechado el 21/08/2013, en www.webislam.com
- Blum, William, *Asesinando la Esperanza. Intervenciones de la CIA y del Ejército de los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005.
- Buajasán Marrawi, José y José Luis Méndez Méndez, *La República de Miami*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- Chew, William F., “Transportation: Iron Rail to Golden Spike. The Blood and Sweat of the Nameless Railroad Builders”, Chinese Historical Society of Southern California (CHSSC), 2004, en www.chssc.org
- Chossudovsky, Michel, *Globalización de la Pobreza y Nuevo Orden Mundial*, Siglo XXI Editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México, D.F., 2002.
- , “The Spoils of War: Afghanistan’s Multibillion Dollar Heroin Trade”, *Centre for Research on Globalization*, fechado el 14 de junio de 2005, en www.globalresearch.ca
- Cooley, John K., *Guerras Profanas. Afganistán, Estados Unidos y el Terrorismo Internacional*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 2002.
- Dalrymple, William, “The East India Company: The Original Corporate Raiders”, fechado el 4 de marzo de 2015, en www.theguardian.com
- Decker, David, “Los Seguidores del Mahdi”, en *Desperta Ferro. Historia Militar y Política del Mundo Moderno, Siglos XVI-XIX*, No. 23. “Jartum”, Agosto-Septiembre 2016, Ediciones SLNE, Madrid, pp. 38-44.
- Dévoluy, Pierre y Mireille Diteil, *El Polvorín Argelino. Enigmas y Violencias de la Otra Orilla*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 1995.



- Durden, Tyler, "HSBC Bank: Secret Origins to Laundering the World's Drug Money", *Zero Hedge*, fechado el 16 de febrero de 2015, en www.zerohedge.com
- Eldridge, Thomas R. & Susan Ginsburg, *et.al*, *9/11 and Terrorist Travel*, Staff Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon, August 21, 2004, en www.govinfo.library.unt.edu
- Enzensberger, Hans Magnus, *La Balada de Al Capone. Mafia y Capitalismo*, Ed. Errata Naturae, Madrid, 2010.
- Ferguson, Niall, *El Imperio Británico. Cómo Gran Bretaña Forjó el Orden Mundial*, Ed. Random House Mondadori, Barcelona, 2005.
- Fisk, Robert, *La Gran Guerra por la Civilización. La Conquista de Oriente Próximo*, Ediciones Destino, Barcelona, 2005.
- Forigua-Rojas, Emerson, "Afganistán: La Experiencia Soviética", *Papel Político*, Vol. 15, Núm. 1, Enero-Junio 2010, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 183-234.
- Gabrieli, Francesco, *Mahoma y las Conquistas del Islam*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1967.
- Gayraud, Jean-François, *El G-9 de las Mafias en el Mundo. Geopolítica del Crimen Organizado*, Ediciones Urano, Barcelona, 2007.
- Glenny, Misha, *McMafia. El Crimen sin Fronteras*, Ediciones Destino, Barcelona, 2008.
- Graffe, George (autor) y Christian Twente, Michael Löseke y Martin Carazo Mendez (directores), "Holy War". Part 4: "The Kaiser's Jihad", Gruppe 5 Filmproduktion in association with ZDF Enterprises (2011), documental (47:57), en registration.tubitv.com
- Graziani, Tiberio, "La Estrategia de los EE.UU. en Eurasia y la Producción de Droga en Afganistán", en *Página Transversal*, fechado el 11/08/2010, en <http://paginatransversal.wordpress.com>
- Halliday, Fred & Zahir Tanin, "The Communist Regime in Afghanistan 1978-1992: Institutions and Conflicts", *Europe-Asia Studies*, University of Glasgow, Vol. 50, No. 8, 1998, pages 1357-1380, en www.tandonline.com
- Headrick, Daniel R., *El Poder y el Imperio. La Tecnología y el Imperialismo, de 1400 a la Actualidad*, Ed. Crítica, Barcelona, 2011.
- Keane, David (director y productor ejecutivo), "Heroes under Fire. Shadow Warriors", Wild Eyes Productions, LLC for the History Channel/A&E Television Networks (2005), documental (44:56) en www.youtube.com/watch?v=VcyG2LdDCp8
- Kemp, Charlotte, "Drug-smuggling, Slavery and War...The Brutal History behind Britain's Love for a Cup of Tea", *The Daily Mail*, fechado el 9 de octubre de 2010, en www.dailymail.co.uk
- Kritikos, P.G. y S.P. Papadaki, "The History of the Poppy and of Opium and their Expansion in Antiquity in the Eastern Mediterranean Area", United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC), 01/01/1967, en www.unodc.org
- Labrousse, Alain, *La Droga, el Dinero y las Armas*, Siglo Veintiuno Editores, México D.F., 1993.
- Lam, Rafael, "Frank Sinatra en La Habana", *Granma*, fechado el 11 de enero de 2016, en www.granma.cu



- López Pita, Paulina, “La Guerra en el Corán y en la Tradición Musulmana”, en *Revista de Historia Militar*, Madrid, Año LIII, 2009, Número Extraordinario, Ministerio de Defensa, Correspondiente al Ciclo de Conferencias “Guerra Santa. Guerra Justa”, celebrado en el Instituto de Historia y Cultura Militar durante el mes de mayo de 2008, pp. 141-175.
- Lozinskaya, Anna, “Crimson Jackets Felt Out of Their Element Here”, *Get Russia*, 2016, en www.getrussia.com
- Marx, Karl, *El Capital* (1867), tomo 1, capítulo XXIV, en www.aristobulo.psuv.org.ve
- McCoy, Alfred W., *The Politics of Heroin in Southeast Asia*, 1972, en www.drugtext.org/library/books/McCoy/default/htm
- Meyer, Karl E., “The Opium War’s Secret History”, fechado el 28 de junio de 1997, en www.nytimes.com
- Michel, Anthony P., “Salvar a Gordon”, en *Desperta Ferro. Historia Militar y Política del Mundo Moderno, Siglos XVI-XIX*, No. 23, “Jartum”, Agosto-Septiembre 2016, Ediciones SLNE, Madrid, pp. 46-53.
- Monteira Arias, Inés, “La Otra, en el Imaginario Cristiano Plenomedieval: la Mujer Musulmana Asociada a la Lujuria en el Arte Románico”, *FKW//Zeitschrift für Geschlechterforschung und Visuelle Kultur*, NR. 54//Februar 2013, en www.fkw-journal.de
- Montoya, Roberto, *El Imperio Global*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2003.
- Parachini, John V., “The World Trade Center Bombers (1993)”, en *Toxic Terror: Assessing Terrorist Use of Chemical and Biological Weapons*, edited by Jonathan B. Tucker, 185-206 pp., MIT Press, Cambridge, MA, 2000.
- Payne, Robert, *Lawrence de Arabia*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1962.
- Posner, Gerald, “Jack Ruby and Telephone Calls to Mobsters: Evidence of a JFK Conspiracy?”, *The Mob Museum*, fechado el 13 de septiembre de 2016, en <http://themobmuseum.org>
- Porta Fouz, Javier, “El Fenómeno Mafia. El Sistema Copia al Sistema”, *Le Monde Diplomatique*, Ediciones Lemondediplomex, No. 7, marzo de 2009, pp. 34-35.
- Powell, Bill y Owen Matthews, “La Nueva Moscú”, *Newsweek*, Vol. 2, No. 35, 3 de septiembre de 1997, Newsweek, Inc., Miami, pp.12-19.
- Poucheпадass, Jacques, “La India: el Primer Siglo Colonial”, *El Libro Negro del Colonialismo. Siglos XVI al XXI: del Exterminio al Arrepentimiento*, dirigido por Marc Ferro, Ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, pp. 312-356.
- Pulido Gragera, Julia, “Los Servicios de Inteligencia Rusos”, en *Influencia de la Nueva Rusia en el Actual Sistema de Seguridad*, Monografías del CESEDEN, No. 113, Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, Ministerio de Defensa, enero de 2010, en www.defensa.gob.es
- Rashid, Ahmed, *Los Talibán. El Islam, el Petróleo y el Nuevo “Gran Juego” en Asia Central*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.
- Robinson, Francis, *El Mundo Islámico. Esplendor de una Fe*, Ediciones Folio, Barcelona, 2006.
- Rogan, Eugene, “Rival Jihads: Islam and the Great War in the Middle East, 1914-1918”, *Journal of the British Academy*, 4, 1-20, fechado el 19 de enero de 2016, en www.britac.ac.uk



- Searcy, Kim, “Sudán: entre la Tradición y la Renovación”, en *Desperta Ferro. Historia Militar y Política*, Siglos XVI-XIX, No. 23, “Jartum”, Agosto-Septiembre 2016, Ediciones SLNE, Madrid, pp. 6-11.
- Serrano, Pascual, “La Mafia Nos Explica el Capitalismo”, *El Salmón. Revista de Expresión Cultural*, fechado el 5 de mayo de 2017, en www.elsalmon.co.
- Sierra Kobeh, Lourdes, *Introducción al Estudio del Medio Oriente. Del Surgimiento del Islam a la Repartición Imperialista de la Zona*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F., 2002.
- Steinsleger, José, “El Camino hacia el Cuartel Moncada”, fechado el 26 de julio de 2003, en www.jornada.unam.mx
- Steele, Jonathan (escritor) y Kev Kirby (productor), “La Guerra Fría”. Capítulo 20: “Los Soldados de Dios”, Turner Original Productions (1998), documental (46:24) en www.youtube.com/watch?v=Cyxb4Vpg9o4
- Stresemann, Rosemarie, “Germany’s Alliance with Islam Spiritual Insights into Historical Alliances and their Impacts”, en *The Political Page*, fechado en enero/febrero de 2012, en www.beter-im-aufbruch.de
- Tisdall, Simon, “Georgia, en la Mente de Bush”, *The Guardian*, en *Milenio Diario*, 10/V/05, p. 21.
- Tomás González, Ángel, “El Mafioso que se fue con Castro”, *El Mundo*, fechado el 23 de octubre de 2005, en www.elmundo.es
- UNODCCP, “Tendencias Mundiales de Drogas Ilícitas 2001”, Oficina de las Naciones Unidas de Fiscalización de Drogas y de Prevención del Delito, New York, fechado en 2001, en www.unodc.org
- UNODC, “Afghanistan Opium Survey 2016. Cultivation and Production”, United Nations Office on Drugs and Crime and Islamic Republic of Afghanistan. Ministry of Counter Narcotics, fechado en diciembre de 2016, en www.unodc.org
- Vallar, Cindy, “Shap’ang Tsai, Xú Yàbǎo, and the Royal Navy”, en *Pirates and Privateers. The History of Maritime Piracy*, fechado en 2014, en www.cindyvallar.com
- Wallace, Emma (productora y directora) “Primera Guerra Mundial”, Capítulo 4: “En Nombre de Dios”, Hamilton Film Partnership Production in association with Southern Star and Channel Four (2003), documental (50:23) en www.youtube.com/watch?v=K-USZtqTwbo